

JUAN ASPEE

en la memoria y el corazón



Comité Editorial

Michelle Ureta Aguilera
Italo Bustamante Razeto
Ema Soto Zúñiga

Diseño, Diagramación e Ilustración

Gerardo Cisternas Salinas

Todos los derechos reservados
Se prohíbe su venta y distribución
Centro Cultural Juan Aspee
Financiado por Fondo de Proyectos Sociales 2018
Fundación de Desarrollo San Antonio Siglo XXI,
Comuna de San Antonio, Marzo 2020

JUAN ASPEE

en la memoria y el corazón





“Juan Aspee en la Memoria y el Corazón”, es un libro que contiene veintiún relatos inéditos de antiguos habitantes y pobladores de la mítica población Juan Aspee, los cuales nos invitan a adentrarnos en sus recuerdos, vivencias, saberes y sentires. Son relatos escritos en lenguaje ameno y sencillo, con personas y lugares comunes, que se entremezclan y dialogan desde los diversos recovecos y recuerdos que brotan de estas páginas.

Los relatos y las fotografías de la época, nos adentran en la memoria emotiva de sus habitantes, quienes están empeñados en rescatarla y dejarla plasmada para conocimiento de las generaciones futuras. Este escrito, es un fiel reflejo de un Chile olvidado, invisibilizado de mediados del siglo XX, donde nuestro país estaba inmerso en grandes cambios sociales que marcaron un antes y un después de la patria. En este retrato de Juan Aspee, emergen como valores fundamentales la honestidad, solidaridad y humildad.

Los escritos y las imágenes expresan una historia viva, que a pesar de los años, da la impresión de poder palparla, de revivirla con cada una de las palabras aquí escritas, lo que causa una gran emoción a quienes vivimos allí. Al adentrarse en los relatos,

afloran los recuerdos, olores, sabores y sonidos, que al unirse nos transportan a revivir los años de niñez y juventud que estaban guardados en los confines de nuestra mente. Cada relato y cada palabra de este libro, es una invitación a conocer la intimidad de las familias, su felicidad, su tristeza, cada gesto, nos permite descubrir cómo cada habitante generó un lazo invisible e indisoluble con este territorio, con este San Antonio más vívido que nunca bajo los recuerdos de sus propios habitantes.

Emma Soto Zúñiga

Centro Cultural Juan Aspee

PRÓLOGO

Las emociones trascienden a las palabras como el tiempo al mismo paso del tiempo. Más allá de esto, la memoria deviene en emociones, lenguaje y tiempo.

Los relatos que componen este libro, nacen en un territorio desnudo, dónde sólo a punta de esfuerzo y solidaridad, se fue erigiendo una historia común entre el paso del tren y el Océano Pacífico. A través de las siguientes páginas, podemos caminar por la icónica calle O'Higgins, encontrarnos con niños yendo a la Escuela N°24 o pescadores saliendo de madrugada a la mar.

Podemos apreciar las inclemencias del tiempo, la unión de los vecinos para reponerse a las adversidades. Podemos además, bailar al son de las orquestas en período estival o sentir la tensión del clásico Torino versus Juan Aspee. Si nos enfermamos, nos guiarán hasta la meica y cuando nos recuperemos, podemos ir por unas copas al restorán el Gorila para luego pasar una tarde inolvidable en la Playa de Llolleo.

Cada palabra de este libro, brota desde lo más profundo del alma de cada juanaspino. Por tanto, podemos experimentar cómo siente un habitante de un territorio ahora imaginario. O como dice el propio

Huidobro a través de Altazor "Dadme una certeza de raíces en horizonte quieto / Un descubrimiento que no huya a cada paso / O dadme un bello naufragio verde / Un milagro que ilumine el fondo de nuestro mares íntimos" Saber que esas raíces en horizonte quieto, debieron diseminarse por San Antonio. Observar cómo aquel lugar donde muchos apostaron su porvenir, se desvanecía y apagaba con el paso del tiempo. Pero sin embargo, esas raíces encontraron otro lugar y ocurrió el milagro que iluminó el fondo del mar íntimo de los juanspinos que quisieron inmortalizar su legado porque en Juan Aspee, podemos descubrir el corazón de San Antonio, diseminado hoy por los muchos barrios y como dicen los mismos amigos de la gloriosa Juan Aspee "en cualquier rincón de San Antonio, siempre habrá un juanaspino"

Ítalo Bustamante Razeto

Fundación de Desarrollo San Antonio
Siglo XXI

ÍNDICE

Juan Aspee

en la memoria y el corazón

Relatos Población Juan Aspee Pág.10
Escritos por sus Vecinos

Volantín Cortao Pág.11
Ema Soto Zúñiga

La Bohemia Juanaspina Pág.13
Orlando Ramírez Sánchez

Los Restaurantes Pág.16
Héctor Jorquera Sarmiento

El Barrio y la Televisión Pág.17
Manuel Ignacio Ampuero Soto

El Sueño del Abuelo Juan Pág.19
María Gutiérrez Torres

Vida Familiar Pág.21
Flor Vielma Riquelme

La Vida Simple Pág.25
Carmen Álvarez Villar

La Población Ciudad Pág.26
Janet Soto Zúñiga

Entre Rieles y la Playa Pág.30
Osvaldo Mora Penros

Escuela N°24 Pág.32
Ema Soto Zúñiga

Unión de Vecinos Pág.36
Irma Norambuena Garay

Música Comunitaria Pág.37
Flor Vielma Riquelme

Familia de Comerciantes Pág.38
Ana Sepúlveda Jorquera

Recuerdos Imborrables Pág.39
Héctor Jorquera Sarmiento

Con los Ojos del Recuerdo Pág.41
Ema Soto Zúñiga

La Infancia Pág.46
Hermanas Álvarez Villar

Recuerdos Escolares Pág.48
Blanca Capdevilla Campusano

La Familia Pág.51
María Mora Penros

Añoranzas de mi Vida Pág.53
Leticia Santis Pichunante

Juego de Niños Pág.56
Francis Faúndez Santis

La Señora Mercedes Pág.57
Héctor Jorquera Sarmiento

El Actor Enamorado Pág.58
Ricardo Malhue Orellana

Memorias de un Pescador Pág.61
Cristian Miranda Figueroa

Poema Población Juan Aspee Pág.63
Jorge Soto Zúñiga

Fotografías Juan Aspee Pág.66
Vecinos

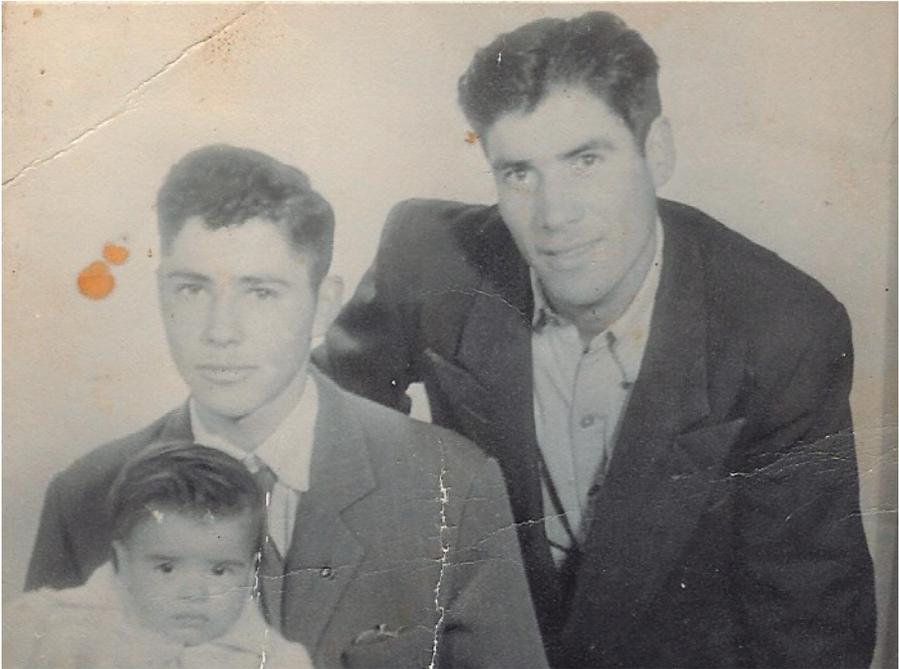


RELATOS POBLACIÓN JUAN ASPEE

Escritos por sus Vecinos

VOLANTÍN CORTAO

Emma Soto Zúñiga



Fernando Soto Zúñiga, su primo Hernán y Fernando Soto Machuca 1960.

Las familias de la población Juan Aspee por lo general eran numerosas. La mayoría de sus integrantes eran niños o niñas que crecían y se desarrollaban asistiendo a la escuela de la población o participando de los juegos que se daban en las calles o en los sitios de los amigos que siempre tenían ingeniosos vericuetos, que se transformaban en parte de las andanzas infantiles con un poco de imaginación. Recuerdo que mi hermano mayor Nano,

en la escuela, jugaba a las bolitas con sus amigos, al par de lomo y al trompo. Pero el juego que más recuerdo y al que él colocaba más dedicación y tiempo, era el elevar volantín. Mi mente tiene aún esas imágenes de cuando el Nano dedicaba largos períodos en las tardes para fabricar volantines, desde calentar la cola hasta elaborar los palillos de caña que la debían recolectar y que daba la sujeción al volantín. Mi hermano construía

los volantines. Era todo un rito ver cómo el papel adquiría su forma, a veces, a la fuerza, otras veces, se dejaba dominar para luego convertirse en una ñecla, que era un volantín más chico, en un volantín o en un pavo que era el de mayor tamaño. Para lograr dominar esta ave de papel, el Nano debía colocar los tirantes que, según él “tenía su ciencia” ya que debía hacer los hoyos con una precisión asombrosa para que el artilugio pudiera volar. Por supuesto, para tan osada maniobra de la ingeniería, usaba las palmas de las manos para medir las separaciones entre los palillos y los agujeros que los hacían con la cabeza del palo de un fósforo.

También dedicaba tiempo a curar el hilo que preparaba con vidrio molido muy fino, el cual era pegado con cola caliente al hilo del carrete que previamente había sido extendido en el patio para realizar el curado. Después, la mezcla se dejaba secar, para posteriormente volver a enrollar el hilo en el carrete. Con esto, se estaba listo para realizar comisiones y mandar cortado a los volantines de sus contendores. Siempre estos juegos se realizaban con la llegada de septiembre, que además de ser el mes de la patria, se caracterizaba por el viento sur ideal para que los volantines surcaran los cielos de las tardes de nuestra población. Muchas veces no había papel de volantín, con lo cual sólo quedaba como recurso el papel de diario para hacer las chonchas, que eran las hermanas pobres del volantín ya que eran pesadas, descoloridas y predecibles en sus vuelos. A pesar de todo su empeño y dedicación, el Nano evitaba enfrentarse ante el rey indiscutido de las comisiones,

según mi memoria, que era un joven de la calle Gabriela Mistral, apodado El Chanco, el cual era implacable con sus rivales ya que según cuentan nunca perdió.

Ver los volantines caer cortados era todo un espectáculo. Todos corríamos tras particular trofeo ya que según las reglas de los volantines, “volantín cortao no tiene dueño”. Obviamente que para obtener la recompensa, muchas veces hubo que trepar árboles, subir a los techos de algunas casas o inclusive, maniobrar con un palo largo el enredo del volantín con los cables de la luz.

El Nano ya dejó de estirar el papel, de calentar la cola o de moler el vidrio. Ya dejó de elevar volantines y de escapar de El Chanco para evitar la pérdida de su ñecla favorita, que preparó con tanta dedicación. El Nano dejó este mundo y se llevó sus recuerdos, pero no los míos en los que aún juega, corre y bromea en la escuela. Aún prepara la cola, limpia los palillos, estira el papel y eleva su volantín favorito con su sonrisa eterna y su cara llena de pecas.

En memoria de Fernando Soto Zúñiga (1959 -2012)

LA BOHEMIA JUANASPINA

Orlando Ramírez Sánchez

En el año 1955, cuando tenía once años, mi abuela trabajaba en un restaurant día y noche. Llegaban a beber y comer marinos de barcos mercantes de varias nacionalidades como estadounidenses, chinos, italianos, quienes nos regalaban perfumes, cigarros y chicles. El restaurant estaba en la parte norte de la playa de Lollole y colindaba con las pesqueras Zolu y Sopesa. Más al norte, frente a las empresas, estaba el muelle donde atracaban los barcos que descargaban su cargamento de productos marinos.

Alrededor del año 1956, mi abuela arrendó en la calle Olea, la penúltima casa antes de llegar a los morros de arena que nos arrendaba un señor de apellido Bañados. Allí comenzamos a vender vino en forma clandestina y además mi abuelo, de muy buen corazón, le daba alojamiento a mucha gente de fuera de la comuna, a los sin casa, a los necesitados.

Después de un tiempo, mis abuelos compraron una casita en la calle Arauco número trece, la que agrandaron con tablas de las cajas de pescados que recogíamos por la noche en el muelle, las que caían al mar en las faenas de descarga de los barcos pesqueros. Una vez instalados, seguimos vendiendo vino clandestino, ya que no daban patente en la municipalidad. Por eso, mi misión era estar parado de punto fijo en

la puerta de la casa mirando la Comisión de Carabineros a cargo de un teniente que actuaba con rudeza. Cuando obtuvimos un permiso para vender, sólo nos autorizaron para refrescos, dulces y huevos. Como estrategia, para evitar que se llevaran el vino, hicimos un pozo en el sitio, donde poníamos un latón y lo cubríamos con arena. Durante la ronda, los Carabineros pasaban a revisar y no encontraban nada. Nuestros mejores clientes en esa época eran pescadores, estibadores y los ferroviarios, que consideraban nuestra bebida como un verdadero tónico energizante. El brebaje era traído por mi abuelo desde la localidad de El Convento, en la comuna de Santo Domingo, escondido en los camiones cargados de conchuela (conchas molidas).

Luego de un par de años, mi abuelo comenzó a trabajar en la municipalidad con el alcalde Elidio Soto. Trabajaba muy bien el concreto, hizo puentes, las graderías del Estadio Municipal que duraron hasta hace poco, soportando todos los terremotos. Posteriormente, el abuelo obtuvo patente para restaurant que bautizaron como El Gorila. Recuerdo que había un grupo de parroquianos que iban todos los días al local, entre los que estaban Hernán González, El Churrasca, Lucho Ramírez, Alberto Ramírez, El Chico Balcázar, El Pata Lengua, El Chico Coca Cola, Los Varguitas, entre otros. El sector donde



Los Playeros 27 de Julio 1959: Gastón Barrientos, Alberto Nano Moya, Hugo Sánchez, Francisco Barrera.

vivíamos se llenó de quintas de recreo y restaurantes clandestinos, como La Perlita y El Chico Parra, donde se bailaba todas las noches y se armaban las mochas con palos, gomazos y tontos de goma, donde además, se escuchaba a las mujeres gritar y correr para todos lados. A ese lugar me llevaban mi tío Crespo, el Pancho Barrera, el Hugo Sánchez, el Chico Martínez y el Manríquez.

También se instaló un prostíbulo cuya regenta era conocida como La Pata de Pisón, con muchas tontas. Yo era niño y me llevaba el guatón Diego, un estibador cliente de mi abuela, que iba a bailar tangos de Miguel Caló, chachachá, guarachas y boleros. Cuando llegaba la Comisión de Carabineros, las tontas, me escondían en el baño que estaba en el fondo del sitio.

Empecé a conocer personajes como El Cojo Segundo, La Menjunja, La Raja de Toro y muchas otras niñas del barrio que trabajaban en una de aquellas casas, que por razones obvias no digo su nombre.



Fotografía 18 de Septiembre 1960.



Fotografía Restaurant El Gorila.

LOS RESTAURANTES

Héctor Jorquera Sarmiento

Recuerdo esos restaurantes cerca de mi casa, el Afirmate Ñato, ubicado en la calle Simón Bolívar, El Chiquito, ubicado en la calle O'Higgins, La Posada, que estaba a un costado del puente Llollito y que se destacaba por hacer un baile los fines de semana donde los adultos disfrutaban. Otros restaurantes eran El Torito, El Pecha Tranquilo y en la intersección de la calle O'Higgins con Pablo Neruda, se encontraba el restaurant El Cruce.

EL BARRIO Y LA TELEVISIÓN

Manuel Ignacio Ampuero Soto

A principios de los años setenta, lentamente la radio va dando paso a la televisión. En San Antonio, el fenómeno televisivo llega de la mano de Televisión Nacional de Chile, cuya señal se podía sintonizar en el número doce o el siete, dependiendo de la ubicación de la antena aérea que necesitaban los televisores para poder recibir la señal más nítida, por ello, mientras más alta estaba la antena, mejor se podía ver el canal de televisión.

Los primeros aparatos funcionaban en blanco y negro con tamaños de catorce o veintitrés pulgadas y las marcas que más proliferaban, eran los Phillips, Antú o los Bolocco, siendo estos televisores los más solicitados en esos años. En esa época, muchas de las familias no tenían acceso al crédito como lo conocemos hoy, con esto, las formas de comprar un televisor era al contado, a través de cooperativas - si es que pertenecías a alguna-, o usando el sistema de abono. Por ejemplo, en la población, una familia pudo comprar su televisor sólo cuando se concretó la venta de un sitio en la zona de Navidad, luego de ser recibido como parte de una herencia.

Algunas de las familias, cuando compraban un televisor, adaptaban su living comedor como una verdadera sala de cine, reemplazando las butacas por simples bancas de madera. Se cobraba como valor de entrada, la



Jorge Romero "Firulete" en programa Quién Soy Yo

suma de cien escudos. En la población Juan Aspee, este cine estaba a cargo de la familia Ortega en la calle Gabriela Mistral, los Hernández en la calle Luis Bello y los Jara en la calle Las Gaviotas. Por lo general, el televisor ocupaba un lugar especial en la familia. Era la adquisición más preciada, por lo que recibía algunos cuidados como cubretv o fundas hechas de género a la medida, cubre pantallas transparentes de color verde o simplemente, estaba rodeada con las fotos de la familia. Los programas con más alta convocatoria de vecinos eran las teleseries como Muchacha Italiana Viene a Casarse, Esmeralda La Hija Del Río o La Gata. Además, estaban los programas Quién soy yo, Clases Alegres, Chile a la vista, También Sucede, Los Paparazzi y Sombras Tenebrosas. Por lo general, todos los programas reunían a varios vecinos de la población en torno a la televisión, que en su mayoría, eran jóvenes que disfrutaban de los adelantos en la tecnología de la época junto con compartir entre ellos momentos agradables lo que de una u otra forma reflejaba el espíritu comunitario y solidario de los vecinos que se reunían alrededor de la ficción del momento.

EL SUEÑO DEL ABUELO JUAN

María Gutiérrez Torres

Con mi familia, nací y me crié en la población Juan Aspee. Fue mi madre la que construyó nuestra casa tabla por tabla. Mi mamá siempre fue muy esforzada ya que tenía dos trabajos, lavaba la ropa de otras personas y trabajaba en las pesqueras. Mi papá trabajaba en el puerto en la descarga o a veces las hacía de botero cuando llegaban los buques. Nos criamos y fuimos felices en esa casa junto a nuestros padres donde acogieron a sus hijos, nietos y bisnietos.

Volver al pasado, a una población de ensueño, donde están mis recuerdos escondidos, mis alegrías y tristezas, hace que vengan muchas ideas a mi mente. Recuerdo esos intensos inviernos en los que llovía semana tras semana y que traía como consecuencia que se llenaran las calles de agua, las mismas que nosotros como niñas aprovechábamos jugando con barquitos de papel, los cuales fabricábamos con hojas de cuaderno. Otros recuerdos que me invaden son sobre los juegos con nuestros amigos. Cómo no recordar a Liliana, los Chamorro, al Zenobia, al Washington, al Pedro, al Arturo, a la Elizabeth, a Ester o al Misael, y por supuesto, a mi única y mejor amiga, María Elizabeth Morán, una muchachita inocente y traviesa. Nuestros juegos preferidos eran el tomo, al alto, la guaraca, la capacha y el elástico. En este último juego, confeccionábamos los elásticos con las medias de nuestras mamás

o la lana que juntábamos con los trozos que traía cada una. Nuestras madres nos cuidaban, ellas se ponían a tejer bajo la luz del poste de alumbrado público que estaba frente a la casa de los Martínez para vigilarnos, mientras nos divertíamos en nuestras andanzas. Pero de todos los juegos, lo que causó furor entre mis amigos fue la llegada del taca taca, ya que atraía a jovencitos de casi todos los sectores de la población a pasar un rato de diversión y competencia.

Durante mi infancia, la actividad típica de los veranos era estar en la playa de Lolloe y en la noche recorrer el paseo de San Antonio junto a las Martínez, mi hermana Margarita, siempre juntas y unidas en las andanzas de niñez y de juventud.

En la Juan Aspee, mi abuelita Emma siempre me llevaba a su casa, mientras mi madre llegaba del trabajo, ya que yo llegaba del colegio y me sentaba en una piedra que estaba fuera de mi casa hasta que ella llegaba. La abuelita Emma me llamaba y tomábamos mate junto al brasero, mientras ella cosía en su máquina. También estaba mi madrina Elba, una señora muy cariñosa y mi padrino Rolando. Mi madrina, me enseñó a pelar habas y mi padrino, a encuadernar libros, el cual era un trabajo muy lindo.

Entre los recuerdos, el que más viene a mi cabeza es el de un gran vecino que siempre llegaba a mi casa en su triciclo a preparar sus exquisitos sándwiches de pernil, para ir a venderlos al puerto. Era súper entretenido ayudarlo a prepararlos y siempre mi mamá echaba a cocer los huesitos de los pernils para hacer una rica sopa, Gabriel Arce se llamaba. Era una persona muy cariñosa y humilde y como era una costumbre, siempre se quedaba a tomar once con nosotras. En esos ratos, mis sobrinos Luis, Osvaldo, Rolando y Andrea siempre jugaban a vender y gritar los sándwiches.

Uno de los sueños de mi papá era que uno de sus hijos o descendientes fuese uniformado y de preferencia naval. Como ninguno de sus hijos concretó su sueño, debió esperar a que uno de sus nietos, Andrés Gutiérrez, concretara sus anhelos al presentarse con su uniforme de marino.



Juan Gutiérrez, Andrés Gutiérrez, Celestina Torres y Andrea Gutiérrez.

Al verlo, mi viejo con sus ojos llenos de lágrimas de emoción se pone su mejor ambo y me dice que immortalice ese momento con una foto. Fue un día lleno de alegrías, mi madre y mi sobrina Andrea salen junto a ellos. Era el año 1990 cuando lo vimos llegar por la esquina de Mar del Caribe, entrando hacia nuestra calle Arauco. Fue la alegría más grande de mi padre por no decir la única. Nunca más lo vi sentir orgullo por nada, él no demostraba sus sentimientos, era muy apático, pero ese día fuimos muy felices.



Gabriel Arce, Gladys Vivero, Osvaldo Atenas, Rolando y Luis Gutiérrez.

VIDA FAMILIAR

Flor Vielma Riquelme



El año 1951 mis padres, Hilda Riquelme una modista y Luis Vielma un ferroviario, llegaron a vivir a la población Juan Aspee buscando arriendo. Con el paso del tiempo, compraron un sitio que les vendieron. En ese lugar, nacieron ocho hijos de los cuales soy la tercera. Tuve una niñez feliz, era una persona muy alegre y amistosa, tenía muchas amigas con quienes compartía mis juegos de niña. En la población eran todos los vecinos muy unidos, se compartía todo y se cuidaban los unos a los otros. No era necesario echar llave a las puertas o poner barrotes en las ventanas.

Las fiestas eran hermosas. En los cumpleaños, todos los niños eran invitados y no era necesario llevar regalos, sólo compartir con el festejado. Las tortas, por lo general, las hacían nuestras propias mamás: les quedaban exquisitas. Se servía mucho chocolate caliente y los niños eran felices así. Los bautizos en mi casa duraban varios días. Se criaba un cerdo o cordero para la fiesta, se engordaba para esa ocasión, se preparaba arrollado, prietas y ricos asados. Para acompañarlo, se hacía pan amasado y sopaipillas con la manteca de chanco, todo muy exquisito. Incluso el

diácono de la iglesia, don Mario Silva, llegaba después de la ceremonia, fuera un bautizo o casamiento, para compartir de la fiesta familiar. Durante las festividades de Navidad, mi madre hacía pan de pascua que por lo general, repartía a los vecinos cuando pasaba dando el abrazo de Año Nuevo por las casas.

Uno de los adelantos para la época era que en mi casa, teníamos una estufa que se usaba con carbón de piedra. El combustible, lo traía mi papá desde el trabajo, lo que permitía calentar toda la casa, por lo que mis hermanos o sus amigos, se quedaban a dormir en los sillones cuando llovía o cuando hacía mucho frío.

Toda la gente criaba aves o animales como patos, pollos o corderos, los cuales eran alimentados con maíz y trigo que se recogía de lo que caía de los carros en la línea del tren, pues a nosotros nos quedaba ahí mismo, frente a mi casa. Tampoco nos faltaba el pescado, porque las pesqueras quedaban cerca de nuestro hogar y mis hermanos llevaban pescados, langostinos o camarones.

El sitio de mis padres era enorme y la casa tenía piezas muy grandes, incluso, ya varios de nosotros casados vivimos ahí. La casa tenía un patio por el costado, y ahí mis hermanos con unos amigos, construyeron un bote de madera en el cual trabajaban.

En O'Higgins N°39 nací y me crié. Fui a la escuela N°3 en Barrancas, donde cursé la educación básica. Tenía que cruzar la línea del tren para llegar al colegio y muchas veces, tuve que pasar por debajo de los

carros del tren de carga que dejaban estacionados, los cuales ocupaban un largo espacio.

Puedo contar también que mi familia pasó por momentos muy tristes. Yo era niña, cuando la desgracia azotó mi hogar. Mi hermano mayor muy joven, con diecisiete años, trabajaba en la mar como pescador y tuvo un accidente junto a otro compañero, en el que perdió la vida. Nunca recuperamos su cuerpo.

Fue muy triste lo ocurrido ese 23 de diciembre de 1971, él se llamaba Luis Patricio, le decían Pato. Después de esta tragedia, llegaban a mi casa los amigos de mis hermanos menores a compartir su amistad y aprovechar para ver sus programas favoritos en la televisión.

Durante los eventos importantes, mi casa se llenaba de gente, se sentaban en el suelo, sacaban la mesa para afuera y en algunas oportunidades, llegamos hasta cobrar por las entradas.

Dentro del grupo de amigos de mis hermanos que comenzó a frecuentar nuestra casa, llegó uno muy especial, mi actual esposo. Pololeamos y nos casamos muy jóvenes, en el año 1974. Vivimos en casa de mis padres hasta que nació mi hija mayor Andrea. Luego, estuvimos arrendando donde mis suegros, pero volvimos a casa de mis padres, donde tuvimos piezas independientes. Ahí nacieron nuestros hijos Leyla y Osvaldo.

Pasados unos años, nuevamente la pena afectó a mi familia, cuando a Jorge, otro

de mis hermanos que trabajaba como pescador, le ocurrió lo mismo que al Pato. Trabajando en la mar, ésta le arrebató su vida. Del mismo modo, no pudimos recuperar su cuerpo. Se llevaban diez años el uno del otro. Él era casado y había salido a trabajar un 3 de noviembre de 1982, para celebrarle el cumpleaños a su hijo de tres años. En esos tiempos, su esposa estaba embarazada de siete meses. Fue muy triste volver a pasar por lo mismo, pero había que seguir viviendo.

En el año 1985 vino el terremoto, momento en que vivía en casa de mis padres. Una de las paredes cayó en el dormitorio y otra en la cocina, quebrando todo. Tuvimos que irnos a un albergue por muchos días y luego nos dieron una mediagua que instalamos en un sitio prestado por nuestra cuñada Gladys. Allí vivimos varios años, teníamos muy cerca la playa. A unos pasos, se llegaba a disfrutar del mar durante el verano. El terreno que nos facilitaron era de grandes dimensiones, lo que permitía que tuviéramos árboles frutales, sembrar papas, porotos verdes, ajos, acelga y otros vegetales que crecían increíblemente en este suelo de arena. Mis hijos eran felices, tenían bastante patio para jugar. En una ocasión llegó la mar hasta la casa, pero como el sitio estaba en un pequeño alto, no alcanzó a inundarse. Fue así como un 9 de Marzo de 1993 salí de ahí, dejando atrás mi querida población Juan Aspee, quedando allí mis recuerdos entre la arena y mar.



Hilda Riquelme junto a sus hijas y nietos.



Luis Vielma junto a sus hijas y nietos.

LA VIDA SIMPLE

Carmen Álvarez Villar

Nunca dejaré de recordar los años en que jugábamos todos, los amigos, los vecinos. Eran los años en que una cosa tan simple como una pelota de medias o un cordel, podían unirnos a todos. Los viajes a la playa de Lollole en el día, los juegos por la tarde. También había lugares donde íbamos a escuchar música, ver bailar, a conocer gente que llegaba a veranear a las colonias, la Casa de Moneda, etc.

LA POBLACIÓN CIUDAD

Janet Soto Zúñiga

Cruzando la línea férrea, detrás del Estadio Municipal, se ubicaba la población Juan Aspee. Un lugar con buenos vecinos, amigos y compañeros de curso, personas inolvidables que dejaron una huella imborrable en la vida de cada uno de sus pobladores. La casa donde vivía mi familia era de madera, de color verde agua, ubicada en la calle O'Higgins, con un jardín frontal, un asiento para tomar el sol y un gran patio para jugar con mis hermanos, vecinos y amigos.

Cada mañana nos levantábamos muy temprano para ir a la escuela y mi papá, al trabajo. Mi mamá Leticia, nos preparaba el desayuno con las marraquetas calentitas con mantequilla o queso. Mi madre confeccionaba sus delantales, sábanas de saco que le quedaban hermosas y calentitas para el frío invierno, además escribía poemas y cuentos. Ganó varios concursos. Dibujaba flores, cantaba, cocinaba exquisitas y sabrosas comidas. Ella decía que tenía una olla de virtud, ya que siempre alcanzaba para todos, la familia, los amigos, las visitas, etc. Mi mamá se quedaba en casa, haciendo las labores del hogar, regaba su jardín, barría la vereda de nuestra calle hasta la línea del tren, también, conversaba con las vecinas. Luego, realizaba las compras y preparaba el almuerzo. La rutina de cada mañana era sencilla. Nosotros nos íbamos a la escuela

y mi papá, Fernando, se trasladaba a su lugar de trabajo donde fabricaba tubos y baldosas en la fábrica Lima del sector de San Juan. En casa tocaba la guitarra, cantaba, arreglaba la reja, martillaba, aserruchaba, podaba los árboles, los rosales. Era un amante de las películas. A la orilla del brasero, nos contaba sus historias de los viajes a la localidad de Quintay, de sus abuelos, de su niñez.

En nuestra población había de todo. Negocios, escuela, iglesia, recintos deportivos, de baile y veraniegos, quioscos, playa, río, bosques, discoteca, juegos infantiles, etc. Recuerdo que en la calle O'Higgins estaba el quiosco de nuestro vecino apodado El Coteca, la panadería San Miguel, el recinto bailable Chiquito, la Posada de los Pando, el almacén del Papá Lore, y varios más. Nuestra población era una mini ciudad.

Al lado de nuestra casa, vivía la familia Quiroz Conejeros, mis vecinos y amiguitos de toda mi niñez y adolescencia: Ariel, Chito y Juanito, su mamá la señora Lucy, compañera de curso, amiga y vecina de mi mamá y Don Hernán que tenía un enorme camión de carga.

Por otro lado, estaban los Poblete, mi amiguito Kako. Al frente, los Aravena, mi amigo y compañero de curso Alejo. Frente a la Casa de Moneda, vivía mi amiga Hilda y en la calle Gabriela Mistral, vivían mis amigas Maritza, la Inés, Doris, Samy y el Micky.

Asistíamos a la escuela de nuestro barrio, la Escuela N°24, posteriormente E-480. Ahí, con mis amigos, estudiamos de primero



hasta octavo básico, donde tuvimos profesores como el señor Vargas, la señorita Olimpia, Eliana, Rebeca, Paty, Nancy, Kena, Lobos y la señorita Haydee, que siempre nos enseñaban el respeto, la humildad y sobre todo, el amor a los padres y a todas las personas.

Luego de la escuela, por las tardes, con mis amigos, nos juntábamos a jugar en las casas, ya que nuestros patios eran enormes y tenían muchos árboles como ciruelos, higueras, perales o membrillos. En los árboles, construíamos casas, aviones, jugábamos a las guerras de pasto, que eran muy divertidas, ya que a veces quedábamos llorando pues nos llegaba un trozo de pasto con arena en los ojos. Además, nos divertíamos jugando a disfrazarnos de murgueros, a escalar en los árboles, a los pistoleros, a Tarzán, a la banda musical, a la escuela, a Simón Manda, al tarro, al alto, al elástico, al luce, al par de lomo, a las bolitas, a la payaya, al saltar la cuerda, a los titanes del ring, al Chavo del Ocho, a meternos en los neumáticos, a rodar y andar en bicicleta. Todos éramos muy felices y unidos.

Durante el verano, nuestra población ciudad, sufría varias transformaciones. Una de ellas, era poder ver durante las mañanas, la llegada del tren de pasajeros. Muchas personas utilizaban este medio de transporte para dirigirse a nuestras costas, pero principalmente, al Balneario de Lollole o mejor dicho, la playa de Lollole. Los visitantes que desembarcaban en la estación de Lollole, entraban por la avenida principal y se encontraban con el puente Lollito, quien era el encargado de dar

la bienvenida a la Avenida La Playa, que desembocaba hacia el mar y por supuesto, comenzar la travesía de un verano soñado. Al empezar el recorrido, estaba La Posada que era una quinta de recreo que permitía disfrutar de las noches bailables del verano. Al frente, las colonias veraniegas de la Casa de Moneda y de la Universidad Católica, que recibían a sus trabajadores durante todo el verano en las cabañas que estaban rodeadas de juegos infantiles. El recorrido hacia la playa era de varias cuadras, lo cual te permitía admirar las hermosas casas, negocios, almacenes, discotecas y la gran cantidad de visitantes que se dirigían al mismo destino, no sin antes, encontrarte con los ojos de mar, unas lagunas grandes que te permitían apreciar la naturaleza y a la vez, disfrutar de los paseos en bote.

Al continuar con nuestro camino, nos encontrábamos con un casino gigante que se encargaba de amenizar las fiestas bailables de un verano nocturno junto a una orquesta que tocaba al ritmo de las canciones de moda de ese entonces. Por alrededor, estaban los juegos de entretenimiento como la lota, gatos porfiados, tiro al blanco, las sillas voladoras. Más cerca de la playa, estaban las cabañas del Camping de Lollole, que era un recinto de veraneo que permitía disfrutar de vacaciones perfectas a sus asociados. Muchos veraneantes, llegaban al balneario, que era muy connotado y visitado por un sinnúmero de personas y familiares de nuestra población. Por lo general, ellos venían por semanas o incluso, por los dos meses que duraban las vacaciones.

La playa de Lollole era un paisaje hermoso,

aguas azuladas, arena suave y oscura, que te permitía andar descalzo, tirar las chalas, las hawaianas y disfrutar de la suavidad de la arena, corriendo hacia los ansiados brazos de las aguas. Esta, era la bienvenida perfecta para disfrutar de los chapuzones entre la espuma de las olas, mientras esperabas a tus primos o amigos, para que se animaran a entrar a recibir las olas o simplemente, para que se mojaran los pies.

El paisaje visto desde ojos de todos los visitantes y la gente de nuestra población, reflejaba cariño, amor por un lugar familiar donde se mezclaban hijos, padres, abuelos, nietos, amigos, pololos, novios y por supuesto, los infaltables perritos. Toda la familia se reunía en la playa. Sin embargo, para que la escena fuese ideal, debían estar los vendedores de pan de huevo, palmeras, aviones de plumavit o helados, que recorrían de esquina a esquina la playa.

Otro aspecto importante de la playa eran los salvavidas, con su caseta y sus tenidas rojas, su actitud de estar siempre atentos y listos para ayudar a algún bañista descuidado que se sumergía mar adentro o aquellos pequeños que se extraviaban de sus padres. Las banderas de colores, la blanca, verde y la roja que se asomaban en lo alto de la caseta, indicaban cómo estaba ese día la playa. A pesar que la banderas indicaran que debías tener precaución, lo importante era disfrutar cada día del sol, de la playa, de su oleaje, de sus castillos de arena, de los baldes con sus palas, de los juegos a las paletas, de la pichanga. Cada momento, cada instancia vivida quedará ahí, en nuestros recuerdos y corazones, grabado en lo más profundo de nuestras mentes.



Janet Soto junto a sus amigos en calle O'Higgins.

ENTRE LOS RIELES Y LA PLAYA

Oswaldo Mora Penros



Juan Valdés, Oswaldo Mora y Claudio Altamirano en la bahía de San Antonio.

Mis padres llegaron a vivir a la población Juan Aspee luego de un periplo por las localidades de San Juan y Santo Domingo donde cuidaban una parcela de gente adinerada. Fue así que se enteraron de las tomas de terreno que estaban ocurriendo detrás de la estación de trenes de Barrancas. Se tomaron un terreno y luego se cambiaron a otro en calle O'Higgins N°67, donde se construyeron una casita. Éramos seis hermanos, siendo yo el último, llegando a vivir a la toma cuando tenía apenas seis días de vida. Ahí fui creciendo entre la arena y el barro. Fuimos muy pobres, la casita no tenía piso, sólo era de arena. Así y todo fui un niño feliz.

Entre los rieles y la playa, jugaba con mis amigos a las bolitas, al volantín, a la pelota. Cuando llovía, chapoteábamos en las pozas de agua y además, disfrutábamos tener cerca el mar, ya que íbamos a la playa a bañarnos y jugar como niños felices que éramos. Fui creciendo y tuve que ir al colegio, pero fue por muy poco tiempo. Sólo cursé hasta tercero básico en la Escuela Parroquial N°4 actual Colegio Fernández León, ya que me costaba aprender y por eso no seguí estudiando. Ya más grande, ayudé a mis padres en la entrega de pan amasado, que ellos hacían diariamente. Yo me encargaba de entregar en los Detectives, que en esos años estaban en lo que actualmente es el edificio de la

Municipalidad de San Antonio. También llevaba el pan a la Comisaría, donde fui muy querido por los Carabineros, incluso me cortaban el pelo gratis. Con los años, conocí gente que trabajaba en los barcos pesqueros, quienes me llevaban a conocer su trabajo y me traían la polla de pescado, la cual llevaba a mi casa o vendía. Fue así como a los diecisiete años comencé a salir a la mar y me hice pescador. Entre mis compañeros de trabajo conocí a quien fue mi cuñado, Luis Patricio, que al igual que yo, trabajaba saliendo a la mar. Años más tarde, mi cuñado perdería la vida en una de las tantas salidas a la mar. Fue a través de mi amigo Pato, como le decían, que llegué a casa de sus padres. Allí, conocí a la que sería, mi futura esposa: Flor Vielma. Nos casamos muy jóvenes y de nuestra unión, nacieron tres hijos: Andrea, Leyla y Osvaldo.

En la actualidad tengo cinco nietos, Felipe Cardemil Mora, Antonio Cardemil Mora, Julieta Farías Mora, Matías Mora González, y Javiera Mora González. Soy feliz con ellos, los amo. Al momento de escribir estas líneas, tengo sesenta y cinco años de edad y aún trabajo en la mar. Puedo decir que es un trabajo muy sacrificado y arriesgado. Muchas veces hemos pasado situaciones muy peligrosas en este trabajo, ya sea por mal tiempo y otros factores. Por lo riesgoso que es trabajar en el mar, no sabemos si regresaremos a casa. A pesar de ello, aún trabajo en el mar porque es lo que me gusta y disfruto contemplando su inmensidad. Trabajaré hasta que tenga vida y salud. Amo el mar, como amo a mi recordada población Juan Aspee.



Osvaldo Mora, Mario Pérez, Hernán Vielma y Jorge Vielma construyendo un bote en la población.

LA ESCUELA N°24

Emma Soto Zúñiga

La población que yo habité y viví, dejó de existir, desapareció de los mapas, pero aún persiste en nuestros recuerdos. Se niega a ser borrada de la memoria, que se activa cuando evoca o recuerda a la población Juan Aspee. Hablar o más bien recordar a nuestra población, es un ejercicio de memoria cuyos fragmentos se juntan y dispersan en la vida de todos los que alguna vez vivimos en esas calles de tierra polvorientas. Como por ejemplo, la avenida O'Higgins, calle larga que unía nuestra población de norte a sur, calle de vientos o ventarrón, que a veces nos invadía las tardes de primavera y sumía a los habitantes en un encierro obligado, que sólo era quebrado por la vuelta de los trabajadores de sus faenas y de los estudiantes a sus hogares, a eso de las seis de la tarde. Muchas veces recorrí esa calle, que aún se niega a desaparecer y que aún persiste, pero ya no es esa calle de tierra que transité camino a la escuela y casa de mi abuela. Hoy está pavimentada, está modernizada y bajo esa capa de cemento, quedaron nuestros pasos, que ya no volverán a recorrer esa ventosa calle.

Muchas veces caminé a la escuela, nos íbamos juntando con nuestros amigos y compañeros de curso en ese trayecto de sur a norte hacia la Escuela N° 24. Mi periplo comenzaba al salir de mi casa, que estaba en la avenida O'Higgins. De ahí, pasaba por las intersecciones de esta avenida con las calles Gabriela Mistral, Aníbal Pinto, Miraflores, Simón Bolívar y Luis Bello. Al llegar a la intersección con calle Pablo Neruda, giraba hacia el oeste hasta la calle Arauco, donde enfilábamos hacia el norte hasta la puerta de entrada

de nuestro mundo de aprendizaje y de juegos en los recreos. Nuestra escuela era chica, era humilde, era de barrio. Tuvo su origen, gracias al esfuerzo de don Jorge Domazos Pino y de vecinos que muchas veces antepusieron los sueños de educación para sus hijos ante sus carencias básicas. Esta era la escuela normalista donde convergían todas las clases sociales que había en nuestra población. Era la escuela de los pobres y de los acomodados, era la escuela mixta que contaba con diecisiete cursos desde kínder hasta Octavo Básico que estaban repartidos en dos jornadas, mañana y tarde que ocupaban las nueve salas para los cursos más una sala de dislexia. Era la escuela con Brigada de Seguridad y Cruz Roja, formada por los mismos estudiantes. Era la escuela con la

infaltable cocina que estaba a cargo de la señora María Gatica, quien nos entregaba el desayuno, el almuerzo y la once con esas inigualables galletas sabor a limón y por supuesto, don Augusto, el auxiliar.

La escuela tenía un escenario de cemento y piedras que permitía celebrar los actos del día lunes, que estaban a cargo del curso que tenía el turno y que además de hacer el acto, debían cantar, recitar, leer las efemérides, repartir la leche en los jarros azules, realizar la vigilancia en los recreos, hacer el diario mural y tocar la campana para indicar la hora de inicio de clases, recreos y término de la jornada. Nuestro colegio contaba con dos patios pavimentados conectados por una escalera del mismo material, una



Escudos de la Escuela N°24

especie de patio techado desde la sala de profesores hasta el primer patio el cual nos protegía en algunos casos cuando llovía. En cambio, el otro patio, el de abajo, que era la entrada y salida por calle Arauco se inundaba cada vez que llovía. Para los profesores y el auxiliar, las lluvias eran todo un desafío ya que debían lidiar con la poza que se generaba en el patio, que a pesar de no ser tan profunda, servía para que los niños y niñas disfrutáramos corriendo por ella, lanzándonos el agua o simplemente caminando sobre esta improvisada diversión. Desde la simpleza de la cotidianidad, nos adentramos en la vida de los niños que se reflejaba en cómo nos divertíamos y dábamos vida a nuestros juegos mágicos llenos espontaneidad, jugábamos porque había que hacerlo, jugábamos porque éramos niños.

No todo era juego. Con nuestra profesora jefe Nancy Toro Mesina, se organizaban comisiones que estaban encargadas de ir a las casas de los estudiantes que habían dejado de asistir a clases. Nosotros conocíamos los hogares de todos nuestros compañeros, por lo que esta actividad, la cumplíamos con agrado ya que sólo debíamos traer la información a la profesora, sobre la causa de las inasistencias.

Los días viernes, los semaneros se encargaban del aseo de nuestra sala. El primer paso, era correr todas las mesas y sillas hacia adelante, hacia el pizarrón, por lo que quedaba la mitad del aula lista para someterla a limpieza, la cual consistía en pasar un paño con petróleo.

Un grupo de compañeros de curso, se encargaba de ir a la estación de servicio

a comprar el petróleo. Luego de limpiar la mitad trasera de la sala, se corrían las mesas y sillas hacia el fondo, quedando la parte delantera lista para someterse al mismo procedimiento de limpieza. Junto a lo anterior, debíamos recoger y botar la basura, limpiar la pizarra, sacudir el borrador y ordenar las mesas y sillas.

Como en la actualidad, también se desfilaba. El ensayo diario era en la calle Arauco, con los estudiantes de Cuarto a Octavo básico formando los escuadrones que rendirían los honores al prócer que se homenajeaba en el desfile. La profesora Nancy, ocupaba para marcar el paso, el mismo tarro que se usaba para comprar el petróleo para la limpieza de los pisos, el cual golpeaba con un trozo de palo de escoba. Con el correr de los años, aún resuena en mi mente el ritmo de marcha que salía del tarro junto a la izquierda, izquierda, izquierda, derecha, izquierda que gritaba la señorita Toro. El ensayo duraba alrededor de un mes y cada día de repaso de la marcha, se nos recalcaba el honor que debíamos sentir por representar a nuestra escuela, que sería vista por toda la comunidad que se agolpaba a la avenida Barros Luco para apreciar nuestro desfile y el de otros colegios. Ese día debíamos presentarnos impecables, el pelo tomado en un moño y amarrado con cinta. Los niños, debían ir peinados con gomina o simplemente, con jugo de limón. Los uniformes, bien planchados y los zapatos relucientes. Lamentablemente en varias ocasiones fue imposible desfilarse, ya que arreciaba la lluvia, por lo que el homenaje se suspendía hasta el otro año. A pesar de la precariedad de nuestra escuela, la queríamos y aún la



Generación 1975, foto cedida por Blanca Capdevilla.

recordamos como parte importante de nuestro proceso de crecimiento como ciudadanos, ya que siempre se buscó, de parte de los profesores, entregar los valores necesarios para que fuésemos personas que aportáramos a la sociedad. Es por ello, que las campanadas y las marchas de los desfiles aún resuenan en nuestros corazones.

UNIÓN DE VECINOS

Irma Norambuena Garay

De niña, recuerdo estar unida a la población y a mis amigos como los Machuca, los Miranda y las hermanas Aspe que vivían en la Avenida O'Higgins. Me gustaba jugar ahí y ver pasar el tren de pasajeros, cerca del mediodía. Por algunos años, mis padres nos llevaron a vivir a Santiago, sin embargo, mis vacaciones, transcurrían en Juan Aspee, en la casa de mi tía Nena, en Miraflores N°19.

Los veranos de mi adolescencia eran un tesoro. Pude conocer a Tito, una gran persona, los Hernández, la Cuca, mi gran amiga que aún está en mi corazón y es mi ángel, podría hablar mucho de ella sin agotarme.

Mientras estudiaba para ser profesora, en el año 1975, me designaron en mi primer trabajo en la Escuela N°24, mi primera escuelita en el puerto, en un curso donde había que tener muchas estrategias para lograr lo propuesto. Ahí estaba María Gutiérrez, Tamara Molina, Carolina Palacios, Misael Huerta, Washington Menares y muchos que ya con los años se quedan en el corazón. Ahí también conocí a mi esposo. Yo seguía estudiando en la universidad y él era auxiliar de los buses. Logramos casarnos y así, comenzó la historia de mi familia. Un 20 de enero de 1977, llegué a vivir a la calle Arauco N°27 junto a la familia Canales Valdés, la abuela Celinda,

mis cuñados y mi suegra, que la recuerdo como una gran mujer luchadora.

Por la mañana, cuando me dirigía a mi trabajo, muchos pequeños me esperaban en el camino para llegar juntos a la escuela. Durante los días de lluvia, algunas mamás me avisaban que su niño no iría a clases y yo les dejaba la tarea. Era un ambiente tan familiar, en el que sentía las carencias que no tuve con mis padres. Feliz de recibir el pan de la señora Marvi o ayudar en trabajos escolares a sus hijos, que hoy son grandes personas. Conocí gente muy esforzada para sacar adelante a su familia: la lucha diaria del pescador, la señora que pasaba muy temprano para la pesquera o a sacar machas a la playa, apenas abrigadas, a pesar del frío invierno. Por las tardes, la abuela Celinda más de alguna historia nos contaba. Conocí a Aurora, una gran mamá que luchó a diario por sus hijos, la familia Véliz Quiroz, Carmen Rita, una niña adorable y Marcelo, mi regalón. Su madre Mercedes, que la conocíamos como Menchita, era cariñosa y muy preocupada por todos.

Cuando llegué el momento de dejar la población Juan Aspee para siempre, sentí gran tristeza, ¿era lo mejor? Aún me pregunto, han pasado los años y la respuesta aún no se confirma.

MÚSICA COMUNITARIA

Flor Vielma Riquelme

En la casa, yo ponía la radio a todo volumen y la gente que pasaba hacia la playa le gustaba escuchar la música. Tenía un vecino de la casa continua que se sentaba en su antejardín a escuchar los boleros de Lucho Barrios y las cumbias de la época. Cuando daban la Teletón, sacábamos el televisor al patio para ver el programa, acompañados por una fogata.

FAMILIA DE COMERCIANTE

Ana Sepúlveda Jorquera

Nuestra vida familiar se originó en la población Juan Aspee, en la casa de mi mamá Carmen, que vivía en calle Luis Bello. Posteriormente, nos cambiamos con toda la familia a la calle Arauco, donde vivimos cerca de diez años hasta que mis padres se mudaron a la Avenida O'Higgins. Allí, mi papá Pedro arrendaba el restaurant llamado Timonel, a don Bernardo Calderón. Con el correr de los meses, mi papá organizó un comité para hacer una toma de terreno llamada Che Guevara, en la intersección de las calles Olea con Dársenas.

Después de terminar el arriendo del Timonel, mi padre siguió en el rubro del comercio con el local llamado La Rosa, que estaba ubicado en la Avenida O'Higgins.

Como la gran mayoría de los niños, estudié en la Escuela N° 24, alcanzando séptimo básico. Cuando cursaba octavo básico, conocí a Hernán, también de la población. Nos enamoramos y cuando tenía diecisiete años, nos casamos. Actualmente tengo dos hijas hermosas, siendo la mayor nacida y criada en la población.

En mi infancia, la de mis hermanos y vecinos, la entretención era ir a la playa. Atravesábamos las dunas, compartíamos y pasábamos tardes inolvidables.

A los siete años, me hospitalizaron porque me encontraron un tumor en la pierna derecha, donde permanecí hospitalizada por un año. De niña que he estado participando en el club deportivo de Juan Aspee, siendo socia muy activa. Hoy, participo en un Centro Cultural donde nos juntamos un grupo de personas que vivieron en Juan Aspee y estamos haciendo memoria de nuestros momentos malos y buenos, que vivimos en nuestra linda población.

RECUERDOS IMBORRABLES

Héctor Jorquera Sarmiento

Es tan difícil poder comenzar a escribir, sobre todo, cuando existen tantas vivencias de aquellos años de infancia, adolescencia y parte de mi adultez. Son tantos los recuerdos que no sé por dónde empezar.

Vivíamos en mi hermosa calle Miraflores, provengo de una familia numerosa, muy humilde. Somos once hermanos, mi padre fue pescador de arrastre, fallecido, y mi madre, dueña de casa, fallecida. Aún recuerdo el número de mi casa, el veintitrés. La mayoría de nosotros estudiamos en la Escuela N°24. Cómo no recordar al señor Domazos, a los profesores Elsa Carrasco, Eliana San Martín, Eliana Olguín, Sr. Marambio, Sr. Araya, Sr. Acuña, Sr. Aravena. Fueron lindas enseñanzas, que quizás en esos momentos no entendíamos, pero ahora que ya uno tiene cierta edad, reconoce y atesora todo lo enseñado por estos grandes profesores. Además de ello, los valores que nos entregaron e inculcaron nuestros padres, como por ejemplo, el trabajo por muy humilde que sea, dignifica a la persona, el respeto hacia los demás, la unión de la familia, enfrentar juntos a la adversidad, el compañerismo.

La gran mayoría de las familias de la calle Miraflores eran numerosas. Haciendo un recuento de cuando era niño, llegamos a ser más de doscientos niños, contando desde la avenida O'Higgins hasta la Laguna.

Entre las familias estaban los Pardo, los Rojas, los Sepúlveda Soto, los Pajarito, los Donoso, la señora Altamira, que no recuerdo su apellido, pero sí que tenía un perro que se llamaba el "Nariz Tuya", don Leonardo Soto, la señora Teresa, los Zapata, la Patty flaca, los Garay Oyarzún, los Vásquez, los González y luego nosotros, los Jorquera Sarmiento, los Vidal Ramírez, los Huerta Zapata, los Espinoza Hevia, los Lizama, los Sepúlveda Arce, los Hernández, los Armijo, los González León, los Pontigo, los Sepúlveda Fajardo, los Troncoso, los Jiménez, los Santibáñez, los Baeza, la casa de don Mario (luego la compraron los Riquelme Zapata), la señora Olga, los Gómez, los Vega, por el lado de la calle Simón Bolívar, los Mesina, estaba la Martita que colocaba inyecciones, los Martínez Pardo, los Quezada, los Ponce, los Huencho y muchos más que se me quedan en el tintero; gente de gran corazón, solidarias, cooperadoras y sobre todo muy unidos. Era tanta la unión que nadie cerraba la puerta, siempre se mantenían las casas abiertas, no se ocupaba el candado.

Mi calle era muy particular, terminaba en punta de diamante, donde se juntaba Miraflores por el sur y Simón Bolívar por el norte. En ese tiempo había contacto con los amigos, todo más sano, jugábamos a las naciones, al tombo, a la pichanga, que generalmente se jugaba con chicos de

otras calles, razón por la cual se formó el club deportivo Unión Miraflores; al pillar ayuda, par de lomo, saltar la cuerda, al luche o en otras ocasiones inventábamos historias y juegos. Todo terminaba cuando las mamás llamaban para volver a casa.

Durante las Fiestas Patrias, se adornaba la calle con guirnaldas alusivas a la celebración, también era tradición que nuestros padres nos compraran ropa nueva para lucirla esos días. Aún puedo sentir ese aroma a eucaliptos, anticuchos, empanadas y chicha, o escuchar las cuecas, tonadas y cumbias, todo parte de las Fiestas Patrias. Y así nos llevaban a dar una vuelta, era ahí cuando uno tenía que tomar una de las decisiones más grandes, elegir entre un dulce, cabritas, algodón de azúcar o helado, era sólo una cosa, porque había que comprar para todos los hermanos y a veces escaseaba el dinero o no alcanzaba, pero de igual modo disfrutábamos la fiesta a concho.

También recuerdo que mi mamá me mandaba a comprar al negocio de don Andrés, que quedaba en la calle Simón Bolívar, donde tenían una bomba de aceite que estaba siempre arriba del tambor, una máquina para cortar cecinas, el papel kraft donde envolvían el cuarto o el medio kilo de azúcar, la harina o el arroz, que en esos tiempos se vendían sueltos o esas típicas romanas donde pesaban los productos.

De mi cuadra, puedo rescatar la unión de los jóvenes de aquella época. Nos organizábamos meses antes para celebrar la Navidad a los niños. Hicimos diferentes actividades para reunir fondos y

trabajábamos duro, mano a mano con las dueñas de casa, realizábamos reuniones casi todas las semanas para poder afinar detalles y proponer ideas de cómo íbamos a adornar la calle: participaban niños, jóvenes, adultos y adultos mayores. El día de la fiesta preparábamos los mesones en la punta de diamante de nuestra cuadra, era ahí donde se tomaba once y se le entregaba a cada niño un regalo que la Municipalidad nos donaba. Otra de las actividades que también organizábamos, era un show para el día de Navidad. En la noche, se montaba un escenario con luces y amplificación, algo difícil de conseguir, pero no imposible.

La Navidad fue una actividad que realizamos por varios años, hubo niños que crecieron participando en los shows navideños. Hoy me siento muy orgulloso cuando me encuentro con los ahora adultos, ya que ellos hoy han transmitido la emoción de vivir esa fiesta a sus hijos.

Con mucha nostalgia y sentimientos encontrados, he relatado algunas vivencias de mi cuadra, las cuales quise plasmar en este libro. Con mucho orgullo, llevo en alto el nombre de mi querida y recordada Juan Aspee. Gracias a todas las experiencias vividas, pude realizarme como profesional de la peluquería, tener los más bellos recuerdos de mi vida, penas y alegrías, en esta linda población.

Tito El Peluquero

CON LOS OJOS DEL RECUERDO

Ema Soto Zúñiga

La memoria es una combinación de recuerdos fragmentados y algunas veces incoherentes. Esta memoria, que a veces se transforma en incoherente combinada de forma eficaz, por muy contradictoria que pueda parecer, puede tener un carácter preventivo como intuitivo que puede transformarse en el motor y la fuerza de esta historia.

Cada vez que cierro mis ojos, se agolpan las imágenes y los recuerdos. Recuerdos que están escondidos de una población mágica que una vez existió y que desapareció. Estos recuerdos sólo existen en la memoria que una vez fue niña y que se juntan en el presente como una fotografía tomada con los ojos de una jovencita y que por mucho tiempo permanecieron guardados y que pujan por salir. Lamentablemente, la memoria tiene un límite físico ya que resulta imprescindible llevar a cabo un proceso de selección.

Mientras ocurre el natural proceso de selección de mis recuerdos, puedo recordar que camino por la calle Luis Bello, frente al número treinta y tres donde vivía mi abuela Eufelia, madre de mi papá Fernando. Ellos llegaron a vivir a la incipiente población Juan Aspee, alrededor del año 1950, cuando la sumatoria de casas se ordenaba en manzanas con calles de tierra que nunca fueron pavimentadas, sin luz ni agua potable. En algunas casas, se construyeron norias y la única forma de obtener claridad en las noches, eran las velas o los chonchones.

En la casa de Luis Bello, nacimos mi hermana Eufelia y yo, Ema. En esa casa,

nuestra familia estuvo hasta 1967, cuando nos trasladamos a nuestra casa definitiva al sur de la población que estaba ubicada en la calle O'Higgins, la cual pertenecía a mi bisabuela Celia que era abuela de mi mamá Leticia. Mi madre fue criada por mi bisabuela ya que mi abuela murió cuando mi mamá tenía alrededor de cuatro años.

Uno de mis mejores panoramas de infancia, era visitar a mi abuela Eufelia. Ella era alta, delgada, con pelo negro y ondulado tomado con pinches en ambos lados. Mi abuela era casada con Juan María, mi abuelo, quien trabajaba de estibador en Emporchi y que lamentablemente falleció en el año 1964.

Cada vez que estaba con mi abuela, sentía que estaba en un lugar mágico, su jardín lleno de flores, con árboles frutales, patos, gallinas y chanchos que más de una vez se transformaban en el centro de la fiesta ya que con ellos, mi abuela, hacía prietas, pernils y obtenía la grasa que ocupaba para hacer chicharrones o como ingrediente del pan amasado que nos regalaba. En esos años, tener animales en los sitios era completamente normal y generaba que las familias eran casi autosustentables ya que en algunas casas se sembraban principalmente papas o se criaban vacas y caballos.

Además de la casa de mi abuela, en la calle Luis Bello había dos restaurantes que aún están en la memoria de los vecinos. Estos locales eran El Pecha Tranquilo y El Torito junto con la sede del Club Deportivo Torino. Este club fue el primer club de fútbol que se formó en la población y en el cual mi

padre era un jugador titular cada fin de semana, hasta que optó por emigrar al Club Ferro. Mi mamá era integrante de la barra del Torino, por ello, usaba una falda de color azul y blusa blanca cuando se jugaban los partidos. Dentro de las funciones de la barra, estaba el entonar el himno del club el cual mi mamá, Leticia, compuso y que un par de veces, debió ser interrumpido para poder protegerse de los golpes entre barristas y/o jugadores del clásico entre El Torino y El Juan Aspee, el club deportivo que lleva el nombre de la población.

En los inicios de la década de los ochenta, mi abuela Eufelia falleció. Con este lamentable acontecimiento, dejé de frecuentar la calle Luis Bello. Creo que con su muerte se fue algo de mi padre, algo de mi familia, algo de esa calle con lo cual el recorrer esa polvorienta vía, se transformó en intrascendente.

Uno de los puntos neurálgicos de la población era la Escuela N° 24, que estaba en la calle O'Higgins. Precisamente por la escuela, pasaron la mayoría de jóvenes de la población. Entre esos estudiantes estaban mis hermanos y yo que estudiamos en la Escuela N° 24 hasta octavo básico. Como la escuela sólo tenía educación básica, debíamos continuar nuestros estudios de educación media en otros establecimientos que por lo general, eran los más cercanos a la población. Estos centros educativos eran el Liceo Fiscal y el Instituto Comercial, en el cual terminé mis estudios.

El otro punto neurálgico era la capilla Santo Toribio que estaba ubicada en la calle

Uruguay esquina O´Higgins, la cual alcanzó su máximo apogeo con don Mario Silva, diácono de la capilla que por su carácter, fue un hombre transversal y humanitario. La mayoría de los bautizos, primeras comuniones, matrimonios y funerales, se realizaron en la Santo Toribio junto con muchas actividades de esparcimiento para los jóvenes como el coro de la Capilla, el taller de teatro y el grupo juvenil que se encargaba de ayudar a los más necesitados, especialmente durante algún desastre natural, como por ejemplo, temporales e inundaciones.

Vivir en la población tenía algunos sobresaltos durante el año. En invierno estaban los temporales que volaban algunos techos o se producían algunas inundaciones, a causa de las intensas lluvias. Para nosotros, como niños, a pesar de las inclemencias del tiempo, siempre encontrábamos alguna diversión. Por ejemplo, el intenso frío del invierno para nosotros era sinónimo de dejar agua por las noches para que se congelara y en la mañana levantarnos sólo en pijama, para hacer un festín con nuestro hielo de la artesa. A pesar del intenso frío y de que nuestras casas carecían de una aislación para soportar las bajas temperaturas, en muy pocas ocasiones nos enfermábamos. Por lo general, era un resfriado al año, que mi madre Leticia curaba en base a remedios caseros como unas cucharadas de baba de caracol con azúcar, la cebolla rallada expuesta al sereno o la cataplasma en papel de diario con mentolatum y esperma de vela que se ponía en el pecho. Si lo anterior no funcionaba, estaba la señora Anita que era la meica o sanadora, que

vivía en la calle Pablo Neruda. Algunas veces, la visitamos con nuestra madre para buscar remedio para alguna enfermedad invernal. Las otras alternativas de sanación estaban en la calle Gabriela Mistral, eran la señora Lupita o don Julio Cuevas, que eran especialistas en santiguarnos o quebrarnos el empacho. Además de las anteriores alternativas, estaba Carlos Tapia que era el practicante que recorría la población en bicicleta, prestando sus servicios de doctor de cabecera.

En verano, se producía una verdadera transformación en la población. El tren llegaba atestado de veraneantes a comienzos de enero y entre los pasajeros, un buen grupo venía como visita a alguna familia de la Juan Aspee. Prácticamente los habitantes de la población aumentaban al doble. A nuestra casa de calle O´Higgins, llegaban mis primos, quienes comenzaban sus vacaciones en la población a comienzos de enero y finalizaban una semana antes de comenzar las clases. Ellos llegaban a San Antonio en tren y pasaban por frente de nuestra casa gritando y moviendo sus brazos como saludo. La línea del tren estaba paralela a la calle O´Higgins y la parada era la estación de Barrancas, donde un par de veces los esperamos con ansias de aventuras veraniegas. Todos los veranos con mis primos eran inolvidables, ya que mi casa se llenaba de visitas y las camas se armaban en todos los lugares. Como es natural, las idas a la playa eran memorables ya que todos nos reuníamos alrededor de nuestras toallas, corríamos, nos bañábamos y nos bronceábamos por las tardes de verano, usando en nuestra piel jugo de tomate, jugo de zanahoria,

bebida coca cola o quienes tenían algo de dinero, ocupaban rayito de sol. Junto con las idas a la playa, estaban los partidos de baby fútbol femenino que se jugaban en la cancha de la Casa de Moneda que estaba en la calle O'Higgins. Además de lo anterior, en la población había varios restaurantes que aumentaban considerablemente sus actividades durante el período estival. Entre ellos estaba El Chiquito, que era una quinta de recreo y restaurante. Este local estaba cerca de mi casa por calle O'Higgins y durante los veranos se organizaban bailes que eran amenizados con orquestas, es decir, con show en vivo. Entre las orquestas estaban Los Chelines y Don Carlos que era ciego y tocaba perfectamente los instrumentos. Para nosotros, El Chiquito era un imperdible por las noches ya que con nuestros primos veíamos y escuchábamos a las orquestas, como verdaderos conciertos. La otra quinta de recreo era La Posada, que estaba en la Avenida La Playa, en la cual se desarrollaban bailes con orquesta, pero que para nosotros, estaba prohibido asistir ya que para nuestros padres, estaba demasiado lejos de nuestra casa.

En uno de esos veranos se produjo uno de los quiebres que selló el destino de nuestra población. Era el final del verano de 1985 y se produjo un fuerte terremoto en la zona provocando el inicio del fin. Los puntos neurálgicos quedaron con daños irreparables. La escuela se trasladó definitivamente, la capilla dejó de funcionar y con ello, los puntos de encuentro y de unión de los vecinos se terminaron, dando paso al miedo y la incertidumbre, que provocó el inicio del éxodo de los vecinos a otros lugares de San Antonio

como la Viuda IX y X. Con lo anterior, lentamente la población Juan Aspee se fue desfigurando, sumado a la posterior venta de los terrenos en forma masiva, a empresas como SAAM, las pesqueras Nacional, Tripesca entre otras, que se fueron instalando en los antiguos terrenos habitados por trabajadores, pobladores y vecinos de la población. Con estas ventas fue muriendo parte de nuestros recuerdos, de nuestra niñez y adolescencia, tanto de vecinos como amigos. Por ello somos una población errante, ya que no tenemos un lugar donde llorar nuestros recuerdos, los cuales sólo están presentes en los vericuetos de la memoria personal y colectiva.

Cómo olvidar a los vendedores en carretela que pasaban por las calles de nuestra comunidad, a don Víctor que vendía leche en su carretela verde con blanco. La vendía en un tarro de aluminio con una llave por la cual salía este líquido blanco y por supuesto, la nata que era una exquisitez cuando se enfriaba la leche luego de cocerla.

Cómo olvidar a los Troncoso, que vivían en calle Miraflores. Vendían frutas y verduras, las cuales pregonaban a todo pulmón. Cómo no recordar a los vendedores ambulantes anónimos que voceaban peines, agujas, hilos, entre otros productos, convirtiéndolos en verdaderos bazares ambulantes con su cuerpo en vitrina.

Cómo no recordar a la panadería San Miguel que tenía el pan más rico, según mi mamá, que muchas veces nos colocaban más producto por el mismo precio y que en algunas oportunidades, sirvió de refugio

para los vecinos durante los temporales que azotaban nuestra población. Rememorar el quiosco de Coteca que vendía los diarios y las revistas que eran nuestra entretenición, ya que mi padre era un asiduo lector.

Todo lo anterior está en los recuerdos y se quedarán ahí. Nuestra población ya no está en los mapas, los vecinos ya dejaron de ser vecinos y sólo pasaron a ser conocidos que en algún momento cruzaron sus vidas. Atrapados en nuestra memoria quedarán personajes como Caliche, la Tres Pisos, el Negro Friting, Chespibe, la Choromba, el Petizo, Pícaro, entre otros.

La población Juan Aspee se convirtió en un recuerdo al que sólo podemos imaginar, recorriendo sus calles de tierra, sentir los inviernos con sus temporales o sus veranos inolvidables, que nos vieron crecer y convertirnos en los que somos hoy: juanaspinos de corazón.

LA INFANCIA

Hermanas Álvarez Villar

Nuestra infancia transcurrió en la calle Gabriela Mistral de la población Juan Aspee. Cuando niñas, los inviernos tenían días con abundante lluvia y viento que originaba preocupación en nuestros papás que nos llevaban a pasar el temporal al subterráneo de la panadería de la familia Menares. Ahí pasábamos toda la noche sentados, calentitos, ya que estábamos en el sector de los hornos donde se cocinaba el pan.

Fueron tiempos difíciles, pero con lo poco que contábamos, éramos felices. La época de mayor alegría eran los de fin de año. La mamá nos levantaba muy temprano con la sorpresa de vestidos nuevos. Nos peinaban a todas iguales para pasar la Navidad, nos tenían panes de huevo que servían para complementar el desayuno navideño. En esa época, la calle barrida y regada junto con las guirnaldas de colores, los árboles y los postes pintados y con un festivo. Al medio de la calle, se montaba un escenario donde se mostraban entretenidos números artísticos preparados por los mismos vecinos. Recuerdo con mucha nostalgia nuestros años nuevos. Los esperábamos todos los vecinos juntos, con todas las puertas abiertas y el recorrido para saludar era interminable, en cada casa se recibía con cariño a todo el que quisiera entrar a saludar y a continuar con los festejos familiares.

Nuestros paseos de invierno a la playa de Lolleo, eran principalmente para recolectar leña que traía el río que posteriormente era utilizada para la calefacción de nuestra casa. Durante los veranos, la playa se transformaba por los turistas que llegaban principalmente desde Santiago. Era una época donde se conocía gente, se organizaban fiestas, paseos, conversaciones. La vida en la población Juan Aspee se caracterizaba por la calidez de su gente, todos éramos amigos, disfrutábamos todos de una linda vida familiar.

Cuando se enfermaban los niños, era común llevarlos donde la señora Lupita, la cual realizaba principalmente rezos con los que, milagrosamente, volvían completamente sanos a sus casas. A veces, con alguna receta que consistía principalmente en una agüita de hierba. Pero cuando ningún remedio causaba el efecto esperado y fallecía algún vecino, todos los pobladores salían a recolectar flores por las casas para entregarlas a la familia afectada y cuando el muerto era un bebé se velaban sentados y se les cantaba toda la noche. Los funerales eran en una carroza, donde todos los conocidos y amigos acompañaban a los deudos, caminando desde la casa hasta el cementerio parroquial, donde era sepultado.

RECUERDOS ESCOLARES

Blanca Capdevilla Campusano

Cómo olvidar aquellas bellas etapas vividas en la población Juan Aspee, nuestra niñez, la adolescencia, el esfuerzo de nuestros padres por mejorar nuestra situación, la unión de los vecinos o los juegos interminables de verano.

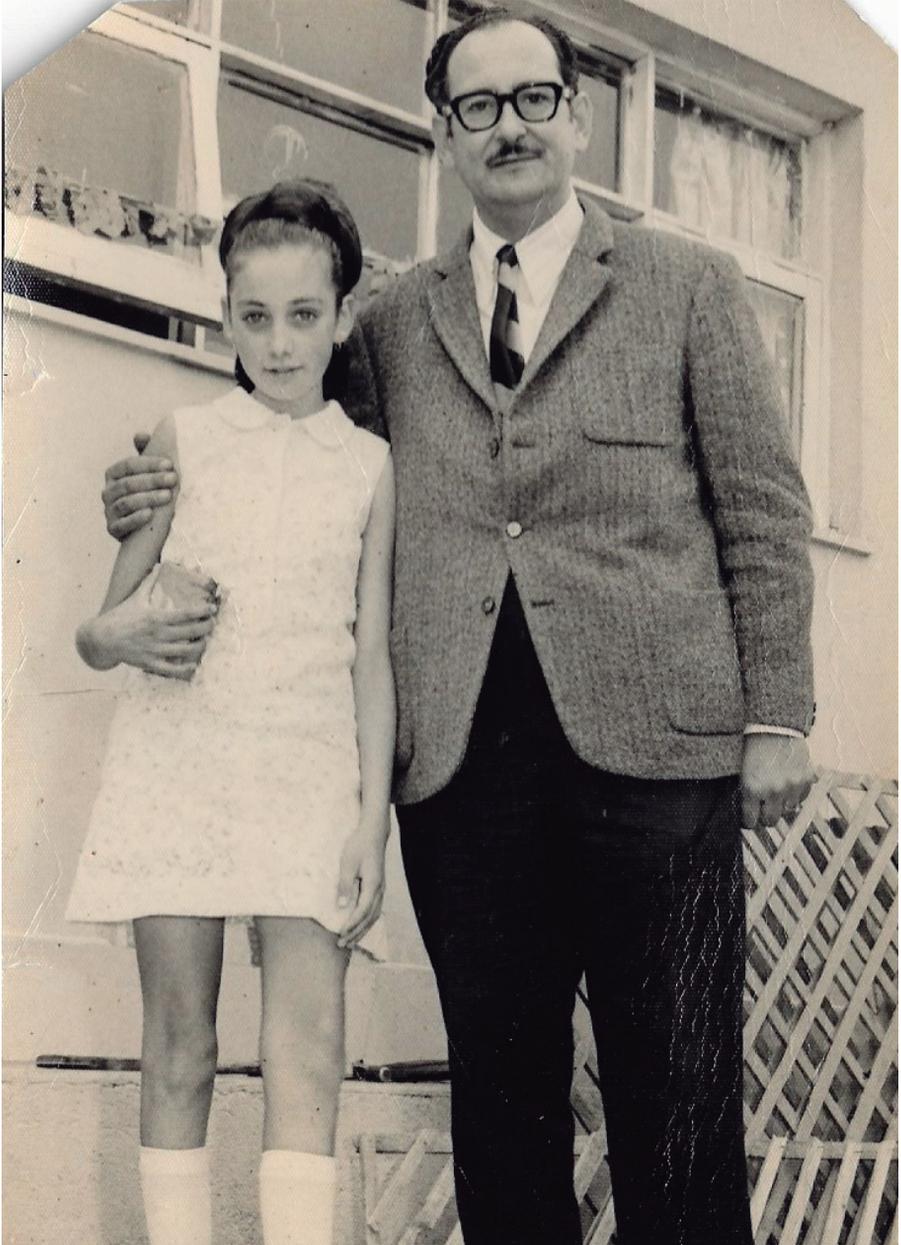
El recuerdo más vívido que tengo es sobre mi etapa en la Escuela N°24. Ahí realicé mi vida escolar desde kinder hasta octavo básico donde la profesora que dejó huella en mi vida fue doña Mafalda Lazarte. Aún recuerdo mi primer día de clases ya que se mezclaban los sentimientos entre el deseo de ir y el natural temor a lo desconocido. Pero poco a poco, me fui acostumbrando junto a mis primeros compañeros, todos del mismo barrio, compañeros y vecinos a la vez. Mis recuerdos de una escuela ubicada en calle O'Higgins que era pequeña pero muy familiar, en la que los profesores eran la segunda familia junto a tus compañeros, tus hermanos que te acompañaban durante varios años de la vida. En esa época, pertenecí a la Cruz Roja, jugué básquetbol, fui candidata a reina, participamos de todos los desfiles impecables y orgullosos de representar nuestra escuela. Tampoco olvidaré las visitas de los amigos del Rotary Club, ellos nos llevaban dulces o lindos regalos en la semana del niño. Lo que más rescato de mi colegio, es el respeto que existía entre el profesor y el estudiante, junto con el cariño

que nos brindaban, fueron conformando todos estos recuerdos inolvidables.

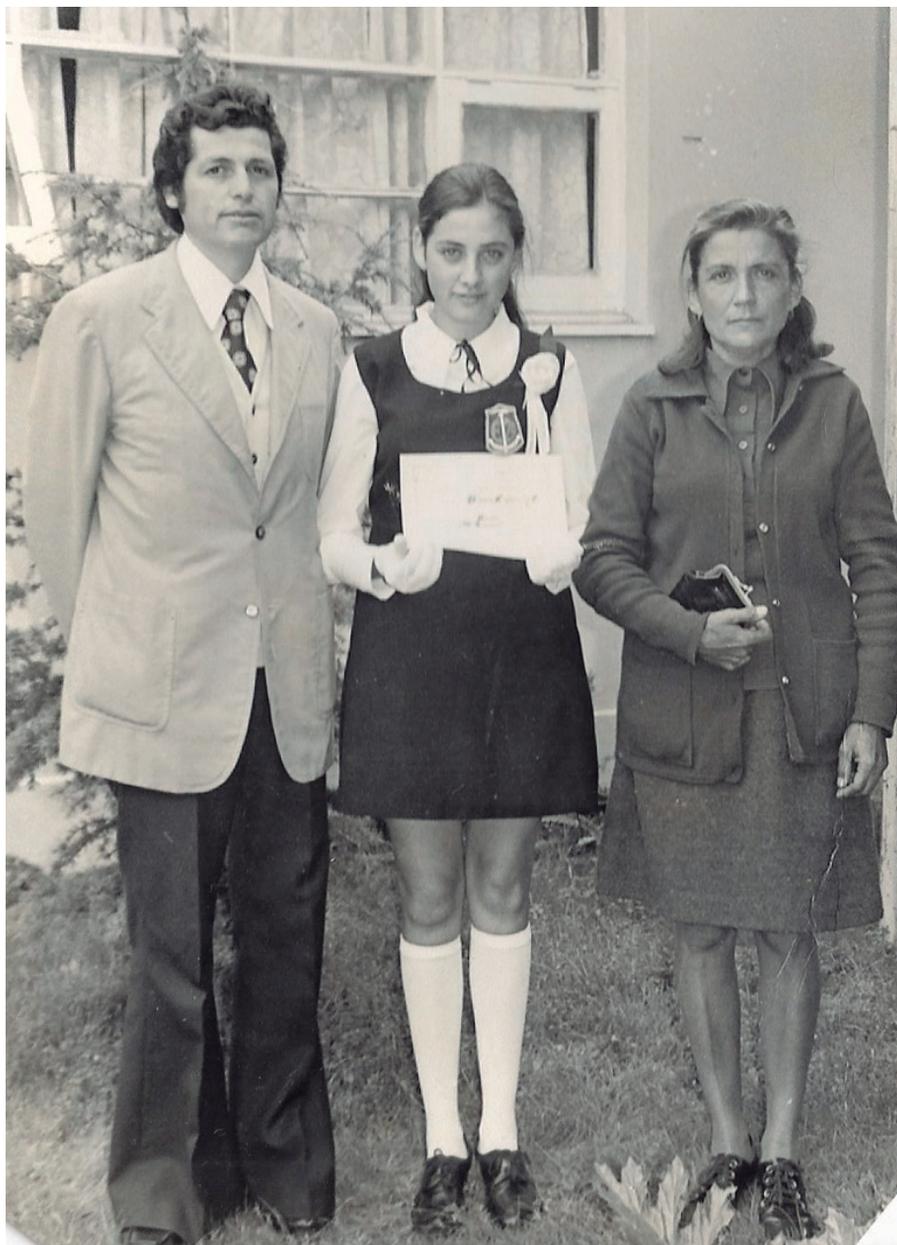
De la población en sí, recuerdo cuando llegaba el verano, disfrutábamos de las dunas, la playa y la gente que llegaba a veranear. Por lo general, las nuevas amistades se podían hacer camino a la playa donde en varios veranos debí trabajar en el camping junto a mi familia, siendo la encargada de vender las verduras y frutas. Mi hermano, manejaba un colectivo y hasta una micro para que la gente paseara hacia Llolleo.

Cuando tenía veinte años, tuve una hija maravillosa llamada Daniela. Luego, tuve a mi hijo Álvaro. Ambos, disfrutaron de la población y los espacios que cada vez se hacían mayores debido a que los vecinos vendían sus terrenos.

La nostalgia me envuelve al recordar donde nacimos, nos criamos, estudiamos y nos hicimos personas. Yo dejé la población cuando tenía veintiocho años. Atrás quedó mi historia y mis recuerdos en mi querida población Juan Aspee, que jamás olvidaré. Grande mi población y que no muera jamás en el recuerdo de cada juanaspino. Siempre la llevaré en mi memoria y mi corazón.



Blanca Capdevilla junto al Director de la Escuela N°24 Jorge Domazos Pino.



Profesor Guillermo Acuña, Blanca Capdevilla y su madre Blanca Campusano.

LA FAMILIA

María Mora Penros



Familia Mora Penros en una celebración familiar.

Cuando las primeras familias comenzaron a llegar a los terrenos que posteriormente darían paso la población Juan Aspee, tuvieron que organizarse urgentemente para obtener, en primer lugar, los servicios básicos como el agua. En ese momento, cada vecino construyó sus propias norias, el municipio a su vez colocó un pilón de agua frente a la casa de la meica Anita Moya, que estaba en la intersección de calle O'Higgins con Pablo Neruda. Por lo general, para obtener este vital elemento del pilón, se debían hacer filas que muchas veces eran largas, aunque se prestaban para poder socializar entre los recurrentes.

Como en los inicios además no había luz, en las casas se utilizaban principalmente velas y chonchones a base de parafina para alumbrarse al interior y en las calles, la oscuridad era total.

Como todo comienzo, las dificultades siempre estaban presentes, especialmente durante el invierno, ya que por lo general, se producían inundaciones que afectaban a nuestra casa. En una de aquellas emergencias, don Antonio Carrasco vio la situación precaria y les ofreció a mis papás, un nuevo sitio donde estaríamos mejor para enfrentar las lluvias. El traslado

se concretó y llegamos a la calle O'Higgins N° 67, siendo posteriormente O'Higgins N°2387.

Nuestra familia estaba conformada por seis hijos: Sonia, Soledad, María, Gladys, Rubén y Osvaldo, pero además de estos, fallecieron de manera natural Daniel, Manuel y Germán junto con Francisco, que muere de susto por un pitazo del tren a las seis de la mañana.

Estando en esta población se fueron casando nuestros hermanos y hermanas. En mi caso, tuve un hijo llamado Claudio Rojas Mora con un carabinero, pero criado por mis padres mientras yo seguía viviendo

en la población, en la calle Arauco N°17. Después me casé con Juan Yáñez Reyes y compramos una casa en calle Arauco N° 503 donde nacieron mis hijos Jean Carlos y Marco Antonio. Pasados los años, me separé y tuve una nueva pareja, Carlos Donoso, de cuya unión nacieron María Elsa y Carlos Andrés.



Adelina Penrros Palma y Rubén Mora Gutiérrez en una fiesta familiar.

AÑORANZAS DE MI VIDA

Leticia Santis Pichunante

Soy nacida y criada en nuestra querida población Juan Aspee, mis padres son Manuel y Elvira. De aquella unión, nacimos nueve hijos, de los cuales cuatro han fallecido. Mi vida en la población comienza en calle Arauco N° 204, cuando con mis padres vivíamos de allegados en la casa de un primo llamado Nolasco Meza. Paralelamente, ellos comenzaron a construir una pequeña casa, donde viví gran parte de mi vida, siendo el lugar escogido la calle Dársenas esquina Mar del Caribe, sitio que tuvo algunas variaciones con el paso de los años.

Unos de mis recuerdos recurrentes de la infancia, me transportan cuando tenía alrededor de seis años y mis padres me dejaban dormir en la casa de un primo que era casado con Carmencita. Ellos me querían mucho, de eso me recuerdo, pero yo tenía la costumbre de chuparme los dedos índice y el del medio de la mano derecha, por esto, Carmencita me asustaba y me decía que si me seguía chupando los dedos me crecerían muy largos. Yo dejaba de hacerlo mientras ella me miraba, pero cuando ella se iba, o no estaba cerca, yo volvía a hacerlo.

También recuerdo que la Carmencita me maquillaba con unos inmensos lunares, ya que por entonces era común usarlos, con ello, lo que aspiraba era verme linda.



Mirta y Leticia Santis Pichunante 1971.

Alrededor del año 1964 nos cambiamos a nuestra casa definitiva. A lo mejor fue antes porque vivíamos ahí cuando mis padres viajaron a Santiago por el fallecimiento de mi hermano Eugenio, que era un bebé muy lindo, así lo recuerdo. Después mi mami se embarazó de mi última hermana, recuerdo que, estando muy gordita del embarazo, la mordió el perro del frente de la casa, siendo trasladada en una ambulancia y quedando hospitalizada hasta que nació mi hermana. Con este accidente, mi papá se desesperó ya que quería estar con mi mamá. Por ello, nos dejó con una familia de apellido Rubio Vidal, según recuerdo. Cuando llegó mi mamita con mi hermana, en abril del 1966, estábamos muy felices y yo con sólo seis años.

Como a los siete años me pusieron en la escuela, en primero básico. Me costaba mucho hacer las tareas. Un día estaba haciendo la letra n, y no quería, o no podía hacerla, estaba llorando porque no lograba hacerla y un caballero que venía cerca a veranear me vio complicada, y me dijo que si hacía mi tarea, me traería unos lindos lápices de colores: aún los espero.

Siendo pequeña, sufrí un accidente que pudo costarme la vida. Mi amiga Erika estaba lavándose los pies, mientras yo estaba sentada en el borde de la única noria de la población para poder proveernos del vital elemento. En un descuido, perdí el equilibrio y fui a dar al fondo del pozo de cabeza. Me imagino que mi amiga gritó desesperadamente, ya que la señora Elba escuchó el alboroto, el llanto y la desesperación logrando rescatarme rápidamente.

Los recuerdos me llevan a esos tiempos con mi familia, donde todo se hacía alrededor del fuego. La calefacción estaba basada en carbón, el cual obteníamos cerca de la casa de máquina, donde había una carbonera de piedra.

En ese período, era común que se criaran algunos animales como patos, conejos, chanchos u ovejas. Aunque con mis hermanos éramos pequeños, teníamos varias responsabilidades en la familia. Una de ellas, era la recolección de trigo que juntábamos en las líneas de ferrocarriles ya que los vagones cargados con el cereal dejaban caer algunos restos de esta preciada carga. Al llegar a casa, el trigo se repartía entre los animalitos que criábamos. El resto, lo debíamos limpiar de inmediato para que nuestro papá lo tostara, para luego pasarlo por un molinillo, con el que hacía café de trigo.

Los inviernos en Juan Aspee eran geniales ya que se hacían muchas pozas después que dejaba de llover, las que nos atraían como imanes para correr por ellas, hacer represas, barcos de papel, etc. Como costumbre, luego de los temporales, debíamos cumplir con otra responsabilidad familiar, ir a la playa ya que el río acarreaba leña y animales ahogados. Todo lo encontrado era agrupado en un sector predeterminado por los vecinos. Si había animales, debían ser faenados rápidamente, para luego repartir la carne y por supuesto, la leña, la cual también se repartía equitativamente entre las familias que ayudaron.

Los veranos eran muy entretenidos, ya que el resto de mi familia viajaba a la costa a

veranear con lo que las interminables tardes de las vacaciones, se acortaban, jugando juegos de mesa como la lota, los naipes, el bachillerato, entre otros. Pero lo infaltable era ir a la playa para disfrutar del agua, del sol, el atardecer y las dunas, siendo una de ellas bautizada por nosotros como salsa de piojo, ahí llevábamos un trozo de cartón y lo usábamos como tobogán por tardes enteras. La otra entretención que teníamos, era ir a buscar tablas de cajas para el pescado, algunas de ellas, las usábamos de leña y las mejores, mi hermano las ocupaba para reconstruir cajas, que luego vendía. Con ese dinero, compraba leche condensada y el pago que nos hacía a nosotras, era hacerle un pequeño hoyito al tarro, nos daba un sorbo y esa era toda nuestra ganancia.

Como mi casa estaba en una esquina, nos juntábamos con nuestros vecinos de la cuadra a jugar a las escondidas, el corre

corre, la guaraca, la ronda, al toambo, al pillarse y al caballito de bronce, pero algunas veces, con mis hermanas sólo teníamos que conformarnos con mirar entre la reja porque mi papi no nos dejaba salir a la calle.

En la población Juan Aspee viví los mejores años, me hice madre a los veintinueve. Después de tres años aproximadamente, salí beneficiada con la casa que tengo ahora, saliendo de la población en 1992, pero mi mamá se quedó en la población con mi hija durante un tiempo corto ya que vendió el terreno y vivió conmigo hasta su muerte. Esto es parte de mi relato y vida en mi añorada población Juan Aspee. Queda mucha vida e historia por contar. Vida, nostalgia, recuerdos, historias, leyendas y mucho más.



Elvira Pichunante Pérez y Manuel Santis Meza.

JUEGOS DE NIÑOS

Francis Faúndez Santis

Al llegar a la población, mis padres comenzaron a vivir en un cuartito pequeño. Mi papá tenía en un momento varios trabajos. En la noche, trabajaba como panificador y en el día, en los cines Rex, Victoria y Cervantes. Además, corría en bicicleta, llegando a ser campeón nacional de ciclismo.

Mi papá contaba que cuando era niño, sólo sentía el olor a pan, no tenía para comprar. Al tiempo, con mi mamá tuvieron una panadería familiar donde mi hermana Pilar se encargaba de repartir el producto y posteriormente, debí asumir esa responsabilidad formando la dupla que repartía el pan. En algunas ocasiones, como por ejemplo, en el verano, Pilar con mi hermano Walter iban a vender las colizas especiales que costaban cinco escudos, debiendo mi hermano protegerse

los pies debajo de las sombras de los árboles ya que andaba descalzo. Yo veía por la ventana cuando los niños jugaban, no salía a participar, porque no nos daban permiso. Con mi hermanito jugábamos al luche, al emboque, a las bolitas, era hermoso. Junto a mis hermanos Walter y Américo, formamos un grupo musical y los instrumentos musicales se armaban principalmente con ollas y sus tapas. En un improvisado escenario en el salón de la panadería, mi hermanito Américo estaba en la batería, Walter en la guitarra, yo con los platillos.

Mis padres se casaron y jamás fueron al colegio; tenían que trabajar para subsistir y para mí, fueron los mejores del mundo: sacrificados, honrados y muy trabajadores. Mi madre era la última en acostarse; la primera en levantarse.

LA SEÑORA MERCEDES

Héctor Jorquera Sarmiento

Ella era muy generosa, siempre antes de Navidad nos regalaba pan de pascua que era chiquitito, de dos mascadas te lo comías, pero uno quedaba feliz. Después nos vendía el pan. La recuerdo con mucho cariño, ella era la mamá de Lucía Menares, la que fue alcaldesa de San Antonio.

EL ACTOR ENAMORADO

Ricardo Malhue Orellana



14 de Abril aniversario Escuela N°24.

En la población Juan Aspee, yo era conocido por mis amigos como el Lelo, el Pulga, entre otros sobrenombres. Mis padres son Pedro Malhue Ampuero y María Marta Orellana Landeros. Nací un 29 de agosto de 1960, luego de un embarazo muy sufrido por mi madre, que sufría constantemente golpizas de parte de mi papá, el cual, sino estaba navegando, ya que era pescador, se encontraba bebiendo en algún restaurante, para posteriormente llegar haciendo escándalo a la casa.

Al momento de nacer, recuerdo claramente

que me encontraba en un lugar privilegiado observándome desde una altura considerable al momento de mi nacimiento. Cuando me sacaron de entre las piernas de mi mamá, mi cuerpo estaba ensangrentado, al igual que las piernas de mi madre. Lo curioso, es que ese bebé no hacía ningún gesto, ni siquiera lloraba hasta que me tomaron de las piernas y estando boca abajo, me golpearon las nalgas momento en el cual, ingreso al cuerpo y lanzo el llanto. Este es el relato de mi nacimiento, estoy agradecido de mi María, mi madre, que hizo lo impensado para poder traerme a

este mundo.

De mi papá no supimos mucho por lo anteriormente contado. Nací de una buena madre, sureña de un pueblo cerca de Cauquenes, llamado Posilla.

¿Se preguntarán el por qué hablo tanto de mi madre?, les puedo decir que a ella la amé, la amo y la amaré eternamente y le estoy agradecido por la confianza y enseñanza que me dio. De ella heredé su corazón sensible, lleno de amor y solidaridad. Fue tanta la confianza que ella depositaba en mí, que nunca pasó nada.

También quiero agradecer a Dios por darme la posibilidad de nacer en una tierra hermosa y con gente maravillosa, en la gran población Juan Aspee. Mi familia primero vivió en la calle Arauco, para posteriormente cambiarse a la calle Uruguay N° 18. Ahí vivimos en unas piezas de madera sin energía eléctrica, por lo que nos alumbrábamos con velas. Nuestro patio era sólo arena y el cierre perimetral, era de lampazos. No recuerdo si al principio contábamos con agua potable, pero sí recuerdo que teníamos como baño un pozo negro el cual estaba conformado por dos tambores que se ponían en un hoyo, para posteriormente, construir un techo con sus respectivas murallas y puerta.

Mi madre hacía sus pololitos, llenando colchones con lana. Comenzaba lavando la lana para luego escarmenarla o sea, sacar las impurezas. Ella era muy buena en ese rubro ya que la buscaban de otros lugares de la comuna para realizar este trabajo. Junto con este oficio, ella realizaba tejidos muy hermosos, de los cuales obtenía el

dinero para llevar el sustento de nuestra casa, porque mi padre se tomaba todo su dinero ganado.

En la calle Uruguay tuve buenos amigos, pero el mejor siempre ha sido mi hermano Pedro que, es tres años mayor que yo. Los otros eran el Come Gato, el Kely, el Orlando Aguilera que era sordo, no hablaba bien y tenía un problema de cojera, pero a pesar de todo, era muy inteligente, el David, el Jaime Tobar, el Mario Lato, el finao Pica Pollo, el Chocolito Meza, el Alberto Ulloa, el finao Justo Sáez, la Llello, la Telma, la Cecilia Aguilera, entre otros que nos juntábamos a jugar en la calle Uruguay esquina Las Gaviotas. Las pichangas interminables, el pilla ayuda, que duraba hasta después de medianoche corriendo los casi dos kilómetros de la población sin temor a nadie, a nada.

Mis estudios básicos los realicé en la gran Escuela N° 24 que se encargó de generar los mejores recuerdos de los profesores, los recreos, los desayunos y por supuesto, los amigos. Participé en uno de tantos festivales que se realizaban en el patio, pero no gané ninguno, aunque realicé mis mayores esfuerzos ya que como oponentes tenía a otros compañeros que cantaban mejor como por ejemplo, José Núñez, el Nardo, la Isabel Valdés y el Emilio Valdés. Mi curso era muy bueno para las mímicas y por ello, salíamos en todos los actos. Recuerdo una actuación con la Lupita Ortega, ya que actuamos el tema mini Lola y fuimos la sensación del momento, ya que me salió lo que siempre quise ser desde muy pequeño, actor. Al parecer no me dio el ancho, aunque pude haber

sido un Danny DeVito, es lo que yo creo. Recuerdo que en mi primer año en la escuela, tuve mi primer amor de infancia. En el curso había una niña que me gustaba tanto que le conté a mi mamá lo que me estaba pasando, le di hasta el nombre de mi amada junto con una serie de detalles, como que anhelaba casarme, que era mi sol porque alumbraba mis días y a la vez era mi luna, ya que me acompañaba en la penumbra de las noches. A esta niña, quería tenerla por siempre a mi lado, por lo tanto, quería construirle un castillo con puros corazones para que nuestro amor siempre estuviera latiendo. Sólo tenía seis años y un buen día, mi madre llegó a la escuela y me preguntó, ¿cuál niña es?, y ¿para qué?, pregunté, para contarle todo lo que me dijiste. En ese momento, mi rostro estaba con un fulgor que aún siento por la vergüenza. Obviamente, le rogué a mi mamá que guardara el secreto, así que al parecer toqué las fibras de mi buena madre ya que ella se sonrió y lo guardó

para siempre. Le agradezco por ese gesto. Una de mis grandes pasiones es el fútbol. Mis equipos favoritos hasta hoy son la Universidad de Chile y el gran Club Deportivo Juan Aspee y gracias a ello, fui popular entre mis amigos futbolistas.

A pesar que tuve muchas niñas que me gustaron, en el año 1980 me casé con quien hoy es mi amada esposa que también vivió en la población, en la calle Aníbal Pinto. Tuvimos tres hijos varones y una lady. Los dos hijos mayores nacieron en la población y me siento muy orgulloso de ellos. Actualmente tengo cincuenta y siete años y me siento feliz de la vida que tuve al lado de mis grandes amigos. Hoy canto al mundo en forma solidaria y todo lo que hago, es en agradecimiento a mi Dios, por la vida que me dio.

MEMORIAS DE UN PESCADOR

Cristian Miranda Figueroa

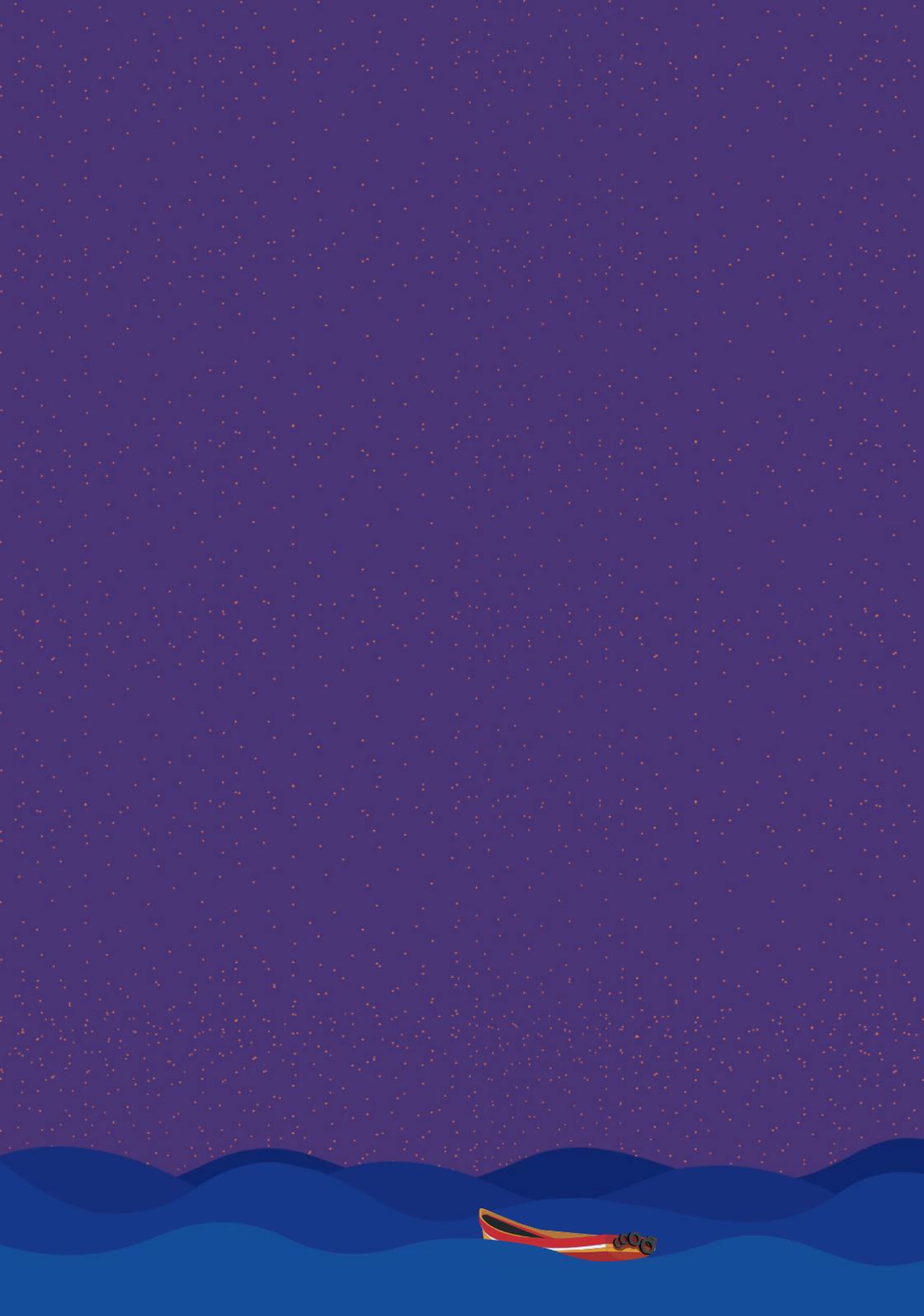
Escribir sobre la Población Juan Aspee, me transporta a mi pasado, a los días de mi niñez, a mis años de juventud y por supuesto, me sitúa en esas calles polvorientas, llenas de recuerdos, de aventuras y de emoción. Recuerdo a innumerables personas que por mucho tiempo habitaron en esta población histórica, que fue levantada con el esfuerzo de todos quienes formaron sus familias, educaron a sus hijos y fueron un gran aporte al desarrollo de San Antonio.

En aquellos años, la mayor fuente de trabajo estaba en las pesqueras. Como era de esperar, un buen número de juanaspinos, trabajaba en torno a este rubro. Otros, eran pescadores, quienes se caracterizaban por ser solidarios y orgullosos de su oficio. Sus labores comenzaban de madrugada, cuando en sus carretones acarreaban los materiales al muelle y finalizaba la faena ya bien avanzada la noche, al volver a sus casas.

La época más esperada en la población era el verano. En el camino a la playa, se mezclaban veraneantes que provenían principalmente de Santiago, con los juanaspinos. Recuerdo las tardes de sol, de mar, de onces que daban paso a noches de lota, de tiro al blanco o algunos preparados como los churros o las cabritas.

En invierno, la playa se transformaba en la despensa de los pobres ya que proveía leña, machas y cuando los temporales arreciaban, incluso podía brindar algunas sorpresas, ya que dejaba algún animalito o avecita que serviría para armar alguna cazuela. A pesar de lo crudo del relato, no se notaba la pobreza, ya que existía la solidaridad entre los vecinos. Los pescadores regalaban jureles, otros se ponían con el pan amasado, las verduras, y así, se armaban verdaderas ollas comunes que alimentaban a cientos.

La Juan Aspee fue gloriosa, única e imborrable ya que siempre permanecerá en nuestra memoria y en nuestro corazón.





**POEMA
POBLACION
JUAN ASPEE**

Jorge Soto Zúñiga

*Crecí en la población Juan Aspee
Entre la tierra, el polvo y el barro
Y a pesar de todos esos problemas
Fueron los más felices de mis años.*

*Recuerdo cuando era niño
Jugábamos el día entero
Al tarro, la escondida, las bolitas
O a la pelota en la cancha del Vivero.*

*Estudiamos en una humilde escuelita
E-480 para unos y para otros Escuela 24
Que tenía la entrada por Calle O'Higgins
Y la salida por el portón de la Calle Arauco.*

*En la población todos se conocían
Nos saludábamos y éramos amigos
Cómo extraño la vida de barrio de Juan Aspee
Tanto así que aún, yo no la olvido.*

*Nuestras vacaciones eran bastante especiales
Aunque no había plata para irnos de paseo
Pero disfrutábamos todos los veranos
Bañándonos en la playa de Llolleo.*

*La Navidad se respiraba en el aire
Son recuerdos y aromas que no pasan
El olor a plástico de los juguetes que nos daban en la sede
Y la inolvidable fragancia del pino cuando entrábamos a casa.*

*Nunca tuvimos grandes obsequios
Y casi nunca me regalaron lo que quise
Sin embargo compartíamos con la familia y los amigos
Y a pesar de todo eso, siempre fuimos muy felices.*

*Las fiestas de fin de año
Eran sinónimo de amistad y muchos colores
Todas las calles adornadas con guirnaldas
Así recuerdo la Luis Bello, La Gabriela y Miraflores.*

*Los años nuevos eran inolvidables
Nuestras madres preparaban todo con mucho esmero
Y con ansias esperábamos las doce
Para desearnos éxito y prosperidad en un abrazo fraternal y sincero.*

*Ay mi Juan Aspee querida
Sinónimo de encanto y amistad
Cuando miro el transcurso de mi vida
Indudablemente fueron los tiempos de más dicha y felicidad.*

*Si tuviera el poder de retroceder el tiempo
Y volver a aquellos momentos
Lo haría sin pensarlo dos veces
Y daría casi todo lo que tengo.*

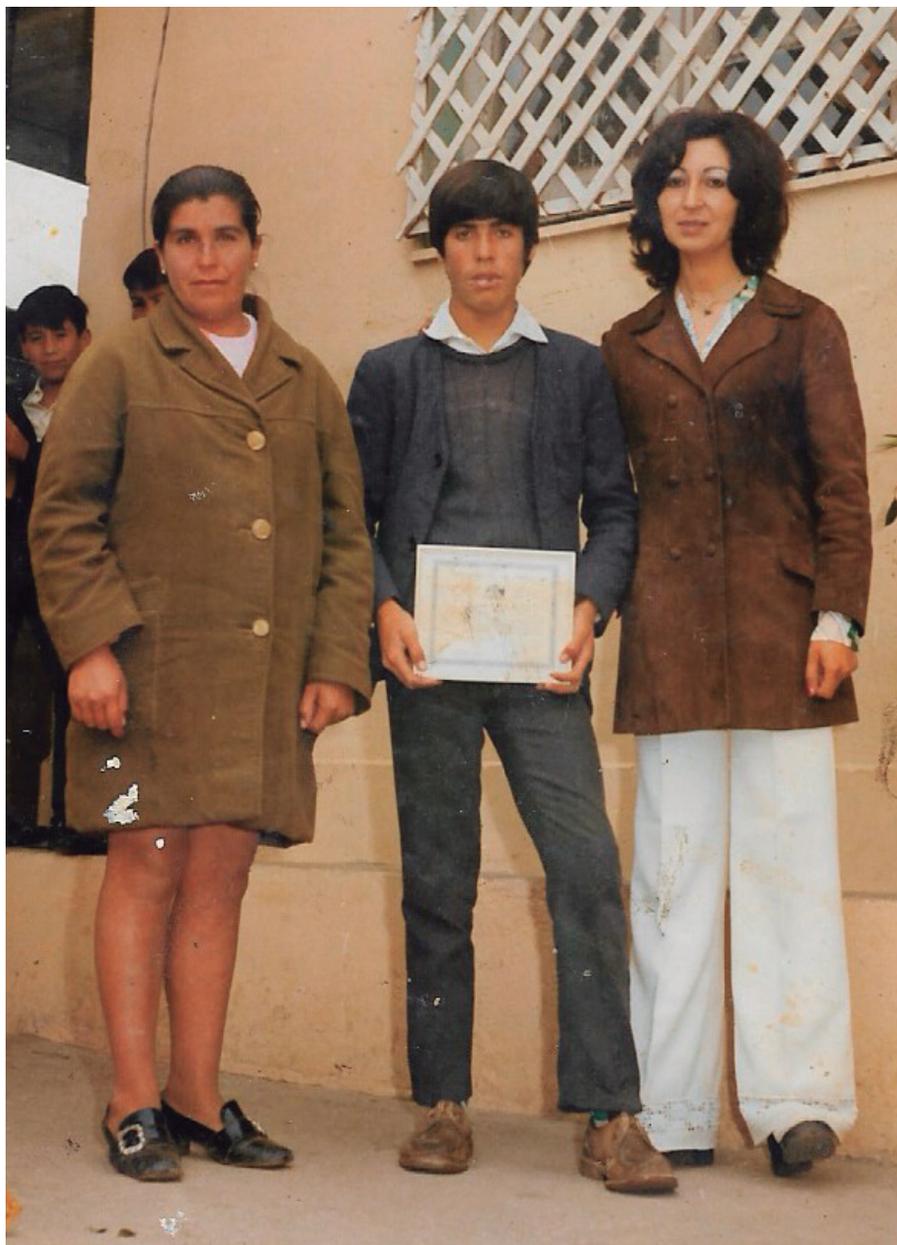
*Tal vez dirán que soy melancólico
Que esa población estaba llena de carencias
Y tal vez tengan toda la razón
Pero allí viví el mejor tiempo, de toda mi existencia.*

*Por eso mi Juan Aspee querida.
Siempre tu recuerdo vivirá en mí
Tú fuiste la población que marcó mi vida.
Y que siempre amaré hasta morir...*



FOTOGRAFÍAS POBLACION JUAN ASPEE

Recopilación por Vecinos



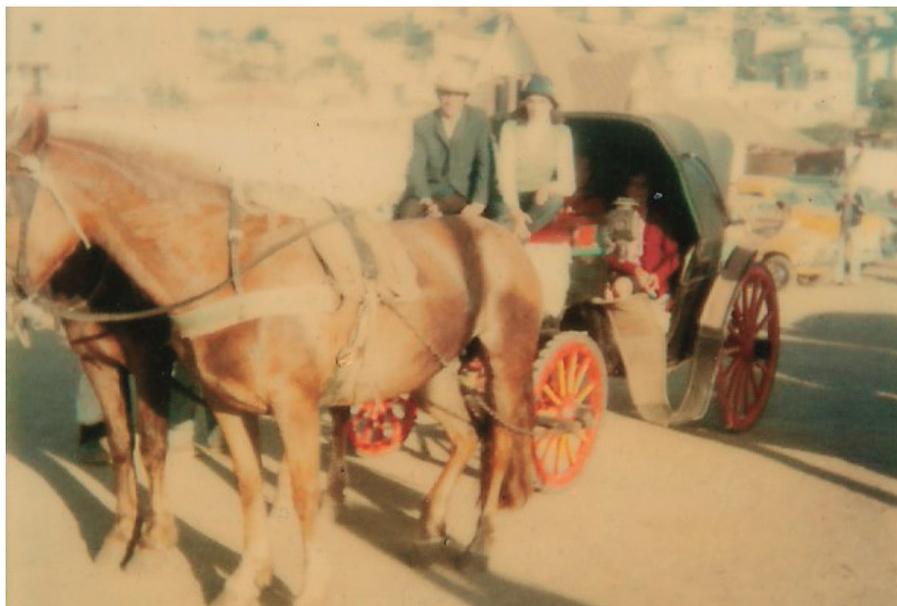
Escuela N°24, licenciatura de 8vo Básico de Fernando Soto Zúñiga junto a su madre, Leticia Zúñiga Mella y profesora Marcia Subiabre. (1973)



Club 7 de Mayo en colonia de veraneo Casa de Moneda. Aparecen Jorge y Fernando Soto Zúñiga, Pato Ojeda, Hermanos Quiroz y Ricardo Troncoso.



Oswaldo Mora Penros y Daniel Machuca en bahía de San Antonio.



Victoria que transportaba gente a Playa de Lolloe. En la foto, Jorge y Blanca Capdevilla.



Generación 1974 Escuela N°24.



Leticia Zúñiga Mella y sus hijos Jorge, Sandra, Andrea y la prima Teresa Luna González.



Oswaldo Atenas Gutiérrez, Luis Atenas Gutiérrez y Andrea Viveros Gutiérrez jugando en calle Arauco.



